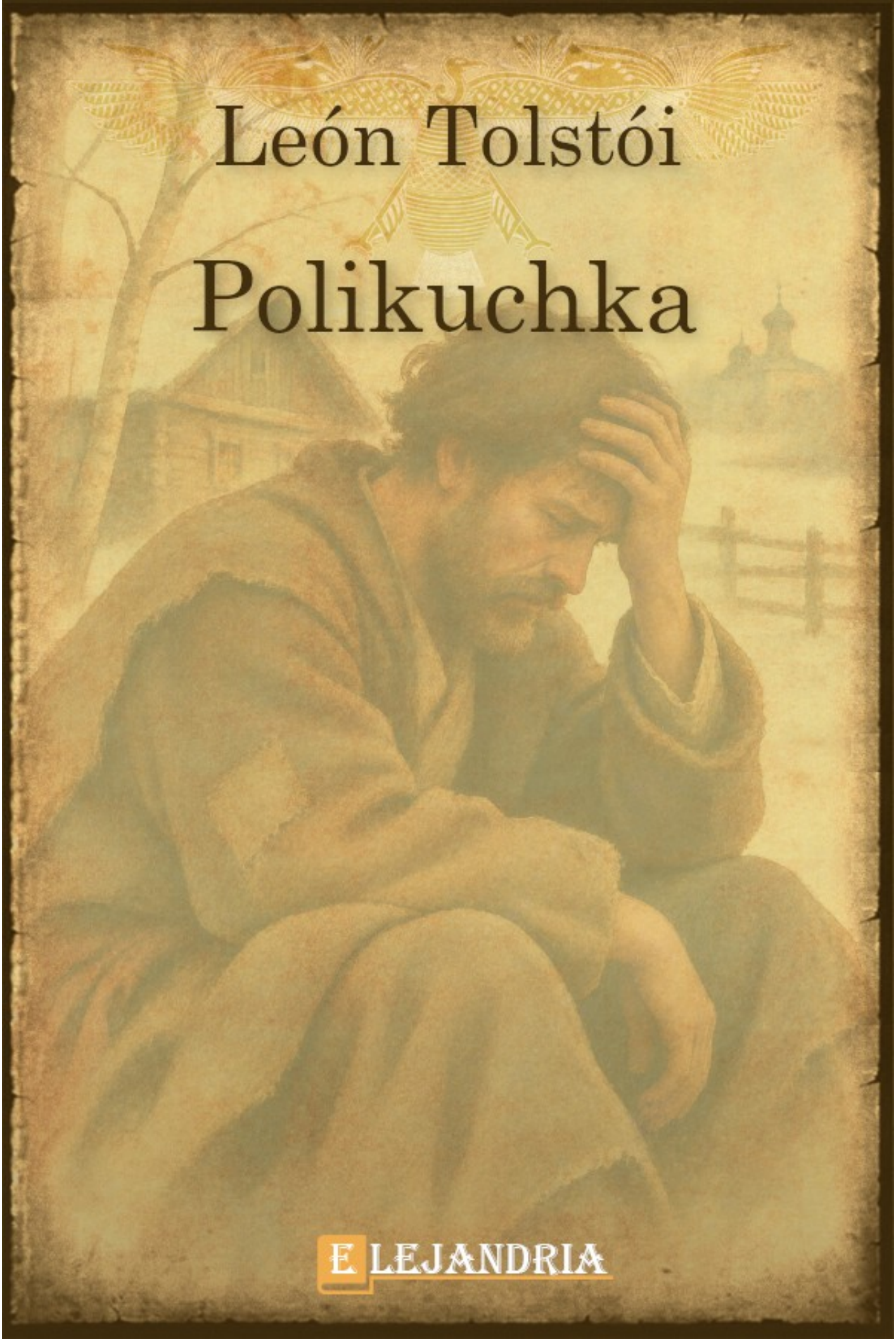
León Tolstói

Polikuchka



ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

POLIKUCHKA

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1863
FUENTE: ARCHIVE.ORG
TRADUCCIÓN: ANÓNIMO
EDICIÓN ORIGINAL: OBRAS COMPLETAS, T. III (BARCELONA, CARBONELL Y ESTEVA, 1905)

I. Las obediencias del intendente

—¡Cómo quiera la señora!… Pero, son muy dignos de lástima los Dutlov. ¡Todos ellos son buena gente!… Y si no mandamos ahora al cuartel a uno cualquiera de los *dvorovoi*[1], muy cierto es que deberá ir alguno de ellos,—decía el intendente.—La verdad es que todo el mundo lo entiende ya así. No obstante, si es tal vuestra voluntad…

Y puso otra vez la mano derecha sobre la mano izquierda, colocándose luego las dos juntas sobre el vientre; después, inclinando a un lado la cabeza apretó sus delgadísimos labios hasta hacerlos chasquear casi, levantó los ojos al cielo y se calló, con la intención evidente de estarse callado mucho tiempo, escuchando, sin contradecirlas, todas las innumerables tonterías que no dejaría sin duda de decirle la señora.

Era este intendente un antiguo siervo de la casa. Afeitado, con un largo casacón, del corte especial adoptado por los intendentes, estaba dando cuenta a su señora, al caer de una tarde de otoño, de los más importantes asuntos de la casa. Según el parecer de la señora, esto había de consistir en rendir las cuentas de lo referente a la explotación de la casa y en recibir órdenes para la resolución de los asuntos futuros. Pero según el parecer del intendente Egor Mikhailovitch no era nada de esto, no era más que la obligación de estarse un par de horas en pie, firme sobre sus patas, en un rincón de la estancia, vuelta la cabeza hacia el diván, escuchando silencioso el charloteo de la señora sobre toda clase de asuntos siempre ajenos a la explotación de la finca, y, por los medios más diversos, lograr que al fin acabe por decir impaciente la señora: «Bien, bien, ¡cómo quieras!» a todas las proposiciones del intendente. En esa ocasión tratábase del reclutamiento de soldados.

La hacienda de Pokrovskoie había de enviar tres reclutas al servicio, dos de los cuales estaban claramente designados por la suerte, debido a que reunían todas las necesarias condiciones familiares, morales y económicas, de tal suerte que acerca de ellos no podía haber duda o vacilación ni por la parte del *mir*2, ni por la parte de la señora, ni por la parte de la opinión pública.

En cambio, la designación del tercer recluta era muy discutible. El intendente quería proteger a los tres Dutlov y mandar al cuartel al siervo Polikuchka, padre de familia, hombre de muy mala reputación y a quien se había sorprendido varias veces robando sacos vacíos, arreos de los caballos y hasta grandes cantidades de heno.

La señora, que muchas veces se detenía a acariciar a los andrajosos niños de Polikuchka, y que, por medio de parábolas sacadas de los Evangelios, trataba de volverle al buen camino, no venía muy bien a que se le alistase. Por otra parte, tampoco quería mal a los Dutlov, a quienes ni conocía, ni siquiera les había visto jamás. Pero es el caso que, no se sabe cómo, no había modo de hacérselo entender, y el intendente no se decidía a explicarle con toda claridad que si no iba Polikei al servicio, uno de los Dutlov sería alistado. «¡Pero es que yo no quiero mal ninguno a los Dutlov!» decía con toda su alma. «¡Entonces, con trescientos rublos para comprar un hombre!…» Eso era, ni más ni menos, lo que se debía contestar a la señora, pero el respeto debido a los amos no lo consentía, y el intendente se calló.

Egor Mikhailovitch entonces se colocó lo más cómodamente que pudo, hasta se apoyó en la pared y dando a su rostro una expresión de fina obsequiosidad, se puso a observar el tembloteo de los labios de la señora, los vaivenes de las lazadas de su cofia cuya sombra se proyectaba ora en la pared, ora en los cuadros y muebles de la estancia, según bajaba o levantaba la cabeza. Pero no hallaba que fuese necesario tratar de entender lo que decía la señora, la cual hablaba mucho aunque muy despacio.

De pronto, sintiose el intendente detrás de las orejas las contracciones nerviosas que produce el deseo de bostezar, lo cual disimuló muy hábilmente llevándose la mano a la boca como si tuviese un acceso de tos.

Recuerdo haber visto no ha mucho a lord Palmerston estarse así tranquilamente, con el sombrero puesto, escuchando como los diputados de la oposición dirigían aplastantes ataques al Ministerio, y luego levantarse y con un

discurso que duró tres horas contestar, una por una, a todas las objeciones de sus adversarios. Esto he visto y no me extrañó lo más mínimo, pues millares de veces había ya visto algo semejante entre el intendente Egor Mikhailovitch y su señora. Fuese que sintiera dormirse o que le pareciese que su señora había hablado ya bastante, empezó a remover su cuerpo, ora apoyándose sobre el pie izquierdo, ora sobre el pie derecho, y rompió, como siempre, con su frase sacramental:

—¡Cómo quiera la señora!… Pero… pero la asamblea se halla precisamente ahora reunida en mi casa, en mi despacho, y es preciso acabar de una vez. En la orden recibida, se nos dice que es necesario llevar los reclutas a la ciudad antes de la Asunción, y los ancianos del pueblo designan todos a los Dutlov, pues realmente no hay otros. El *mir* no tiene en cuenta vuestros intereses, como le es también indiferente que arruinemos a los Dutlov; yo sé muy bien que no se preocupa de eso. Pero conozco también los grandes esfuerzos que esta familia ha hecho, y, a lo menos desde que soy administrador, puedo afirmar que han vivido pobremente. El pobre viejo a duras penas ha podido aguardar a que su nieto, el pequeño, se encargase de la familia… ¡y ahora les arruinaríamos! En cuanto a mí, podéis creer que cuido tanto de vuestros intereses como de los míos. Es lamentable, señora… pero, se hará lo que ordenéis. ¡Al fin y al cabo ni son mis padres ni mis hermanos, y nada he recibido de ellos!…

—No lo dudo siquiera, Egor,—exclamó interrumpiéndole la señora, y al punto mismo se le ocurrió la idea de que en realidad bien podía su intendente haber sido sobornado por los Dutlov.

—Son dueños de los mejores corrales de Pokrovskoie; son gente que teme a Dios y muy trabajadora; el viejo ha sido durante treinta años mayordomo; no bebe vino, no blasfema jamás y asiste a los divinos oficios,—se ve que el intendente conocía el punto sensible de la señora,—y lo más importante es que no tiene sino dos hijos, pues todos los demás son sus nietos. El *mir* los ha indicado ya, aunque, a decir verdad, los que tienen en su casa dos trabajadores son los que deberían entrar en suerte… Los demás, aun los que tienen tres hijos, se han separado de la familia, y ahora naturalmente tienen razón para no ir al servicio… y a esos les tocará ahora sufrir, por su misma virtud…

En este punto, la señora no comprendió ya nada. No entendió lo que quería decir su intendente con aquello de «los tres únicos hijos» y «los separados de la familia» y «la virtud»… No oía sino rumor de palabras, que no se esforzaba en comprender, mientras contemplaba distraída los botones de *nankin* del casacón del intendente. El botón superior, que sin duda utilizaba pocas veces, se mantenía muy fuerte, pero los demás bailaban ya y hacía tiempo que reclamaban ser recosidos. Pero todo el mundo sabe que en las conversaciones, sobre todo en las conversaciones de negocios, no es absolutamente necesario entender lo que se nos dice, sino que basta con recordar bien lo que nosotros queremos decir. Esta es la práctica que seguía la señora.

—¿Por qué no quieres comprenderme, Egor?—decía.—Yo no deseo de ningún modo que Dutlov sea soldado. Paréceme que me conoces ya bastante para saber que hago lo posible para favorecer mis campesinos y que no quiero el mal de ninguno de ellos. Ya sabes que estoy dispuesta a sacrificarlo todo para evitarme una vez siquiera tan triste necesidad, y que mi deseo es no tener que entregar ni a Dutlov ni a Khoruschkine.—Ignoro si al intendente se le ocurriría que para librarse de «tan triste necesidad» no era preciso sacrificarlo *todo,* sino sencillamente trescientos rublos para la compra de un sustituto; si no pensó en ello, podía muy bien haber pensado.—Únicamente una cosa te diré, y es que a ningún precio quiero que vaya Polikei… Cuando después de aquel asunto del reloj, que él mismo me confesó a mí, me juró llorando el pobre hombre que se corregiría… he hablado varias veces con él y he visto que se mostraba muy agradecido y arrepentido sinceramente…

«¡Ah! ya empieza su canción», pensó Egor Mikhailovitch, y se puso a contemplar el jarabe que tenía puesto la señora en un vaso de agua, tratando de averiguar si sería a la naranja o al limón, ocurriéndosele la idea de que de todos modos estaría muy amargo. La señora continuó:

—Desde hace más de siete meses que no se ha emborrachado una sola vez, conduciéndose muy bien todo ese tiempo. Su mujer me ha dicho que se había vuelto otro hombre. ¿Cómo quieres que yo le castigue ahora, cuando él se ha enmendado? ¿No es una cosa horrible que se mande al servicio a un hombre que tiene cinco hijos y de los cuales es el único sostén? No, no me hables más de ello; será mucho mejor…

Y la dama bebió despacio algunos sorbos.

Egor Mikhailovitch, después que hubo observado el paso del líquido por la garganta de la señora, hizo, con la mayor indiferencia, esta sola objeción:

—¡Entonces, la señora ordena que se aliste a Dutlov!

Pero la señora dio con sus manos algunas palmadas, como para demostrar su impaciencia.

—Pero, ¿por qué no has de poder comprenderme? ¿Deseo yo acaso la desdicha de los Dutlov? ¿Tengo de ellos siquiera el menor resentimiento? Dios es mi testigo de que estoy dispuesta a hacer por ellos todo lo posible, —al decir esto dirigió la señora su mirada al cuadro que tenía enfrente, pero luego advirtió que no contenía precisamente la imagen de Dios, y mentalmente se dijo: «No le hace, para el caso es lo mismo». Lo extraño era que tampoco esta vez atinaba en los trescientos rublos del intendente.—Pero, ¿cómo arreglarlo? ¿Qué hacer, y cómo?… Ya conoces tú que yo no lo puedo saber… Pues bien, en ti confío enteramente; tú sabes ya lo que deseo. Haz de modo que todos queden satisfechos, y sobre todo que lo que hagas sea justo y bueno… ¿Cómo arreglarlo? No serán ellos solos, ciertamente… todos tenemos en la vida momentos penosos. Pero ten en cuenta que de ningún modo, de ningún modo puede ir Polikuchka. ¡Sería para mí una cosa verdaderamente terrible!

Hubiera seguido hablando todavía, pues se hallaba animada para hacerlo un par de horas más, si en aquel momento no hubiese entrado la criada.

—¿Qué hay, Duniacha?

—Acaba de llegar un campesino, y quiere preguntar a Egor Mikhailovitch si es que se puede levantar la asamblea o si aguarda…—y mientras decía, Duniacha contemplaba con rabia al intendente, pensando: «¡Vaya un diablo de hombre! Habrá hecho enfadar a la señora, y lo que es hoy no me deja dormir, como si lo viera, hasta las tres de la madrugada».

—Entonces, anda, Egor, y haz de manera que queden todos satisfechos.

—Obedezco…—el intendente renunciaba ya a hablar de Dutlov.

—¿Y quién ordenáis que vaya a buscar los cuartos del jardinero?

—¿Petrucha no ha vuelto todavía de la ciudad?

—No.

—¿Nicolás no podrá ir?

—Mi padre está en cama, le duelen mucho los riñones,—dijo Duniacha, que era por lo visto hija del tal Nicolás.

—¿Queréis acaso que vaya yo mismo, mañana muy de mañana?—preguntó el intendente.

—No, te necesitamos aquí, Egor,—y la señora reflexionó un momento.—¿Es mucho el dinero?

—Cuatrocientos sesenta y dos rublos.

—Pues… envía a Polikei,—dijo la señora, mirando fijamente al rostro del intendente.

Egor Mikhailovitch, sin despegar los dientes, contrajo los labios como si fuese a reírse, pero no se notó en su fisonomía ningún otro movimiento, y dijo esta única palabra:

—Obedezco…

—Antes, ordénale que venga a verme.

Y con esto, Egor Mikhailovitch fue a reunirse con sus compadres.

---

1. Siervos de la última categoría, de los cuales disponían los señores como si fuesen *cosas*.

2. Asamblea de los jefes de familia, en los pueblos rurales, que rige los asuntos interiores de la población.

II. Quién era el pobre Polikei

Polikuchka, hombre misérrimo, de mala fama, y, lo que es peor todavía, venido de otro pueblo, no halló amparo ni protección ni en la cocinera, ni en el repostero, ni en el mayordomo, ni en otro criado alguno, de modo que se le dio el peor *rincón* de todos, aunque, con su mujer y sus hijos, fuesen ya siete personas. Estos *rincones* habían sido construidos en tiempos del difunto señor de la manera siguiente: En el centro de una izba de manipostería se había levantado una estufa, en torno de la cual se dejó un estrecho corredor, al cual daban las puertas de las cuatro habitaciones en que quedaba dividida la estancia, por medio de unos sencillos tabiques de madera. Las habitaciones eran muy pequeñas, sobre todo la de Polikuchka, que se hallaba situada junto a la puerta de entrada; no había en ella más que el lecho nupcial con un delgado cubrecamas y dos almohadas de trapo, una pequeña cama, una mesa de tres pies, sobre la que iban a parar toda clase de objetos propios de la familia y en la cual trabajaba el mismo Polikuchka y arreglaba todo lo concerniente a los caballos de que cuidaba; con esto y con los cubos para el agua, la ropa de todos los individuos de la familia, las gallinas y un pequeño becerro de que aquella era propietaria, ni siquiera hubiera sido posible moverse en tan reducido espacio a no disponer de la cuarta parte de la común estufa y a no ser posible salir alguna que otra vez al paso de la puerta. A decir verdad, no era cómodo salir, en invierno sobre todo, pues hacía fuera un frío horrible, y respecto a abrigos no había más que una sola *tulupe* para los siete individuos de la familia; en cambio, era cosa fácil calentarse: los niños corriendo y saltando, los grandes trabajando de firme; unos y otros de vez en cuando subíanse a la estufa calentada a más de cuarenta grados. Parece imposible que se pueda vivir en condiciones semejantes, mas para

aquella pobre gente eso no era nada, ya estaban acostumbrados. Akulina lavaba y cosía para su marido y sus hijos y trabajaba además en todo lo que convenía; preparaba la comida para todos en la estufa común, y se disputaba y aun se pegaba con sus vecinas. Las provisiones del mes bastaban no tan solo para toda la familia, sino que había también algo para la vaca, que les había dado un hermoso becerro; la leña y el alimento del ganado lo daba la señora, y a veces daba también alguna cantidad de heno. La familia disponía al propio tiempo de un pedazo de huerta, y además criaba gallinas. Polikei tenía cuidado de los caballos del establo, sangraba cuando convenía a los caballos y al ganado, limpiaba sus herraduras, les administraba si estaban enfermos mixturas que él mismo se inventaba, y alguna vez recibía en recompensa de sus servicios dinero y víveres. A veces también le quedaba para él una parte de la avena destinada a la alimentación de los animales propios de la hacienda. En el pueblo había un campesino que regularmente le daba cada mes diez libras de carnero a cambio de dos medidas de avena. La vida hubiera sido todavía soportable si no hubiese habido un gran infortunio que pesaba atrozmente sobre toda la familia. En su juventud, Polikei había vivido muchos años en otro pueblo donde estaba empleado en una gran cría de caballos. El palafrenero que estaba con él era un grandísimo ladrón, como que acabó por ser deportado. Polikuchka hizo con él su aprendizaje, y desde niño se había de tal modo acostumbrado a hurtar lo que caía bajo sus manos que, después, a pesar de su laudable intención de corregirse, fue incapaz de lograrlo nunca… ¡Era un pobre niño, débil, sin padre ni madre y sin nadie que le pudiese corregir y guiar!…

A Polikei le gustaba mucho beber, y además era hombre que, donde fuera que se hallase, no podía sufrir que nada estuviese mal guardado: la cuerda, los arreos, la llave y todo otro objeto de más valor aun que hallase descuidado no cabía duda que había de hallar sitio en casa de Polikei Ilitch. En todas partes hay siempre gente que necesita alguno de esos objetos y que los paga con vino o con dinero. Estas son las ganancias más fáciles, dice el pueblo; no exigen estudios de ninguna clase, ni gran trabajo, nada, y, cuando una vez se ha probado, ya no se quiere hacer ningún otro oficio. No hay más que un solo inconveniente en esta clase de negocios: los objetos se encuentran a buen precio y con facilidad, y con ello la vida resulta agradable; pero de pronto, a causa de la malevolencia de las gentes, la industria deja de producir y ha de pagar uno por todo a la vez, acabándose para siempre toda felicidad…

Es lo que le había sucedido a Polikei.

Polikei un día se casó, y Dios le bendijo; su mujer, la hija del guardador de bueyes, era fuerte e inteligente y muy trabajadora, y le dio pronto una larga serie de hijos, si hermosos los unos, más los otros todavía. Polikei iba haciendo su comercio y todo marchaba bien. Pero, de pronto, el infortunio se abatió sobre su casa; un día de mala suerte fue cogido con las manos en la masa, y fue cogido por nada: no había robado más que las riendas a un campesino. Le cogieron preso, y, no contentos con apalearle brutalmente, fue denunciado a la señora… Desde aquel punto fue estrechamente vigilado, siendo cogido en negocios no muy limpios una segunda vez y luego una tercera. Las gentes comenzaron a injuriarle; el intendente le amenazó con el servicio militar, la señora le hizo infinitos sermones… Su mujer se puso a llorar, cada vez más triste, y todo fue de mal en peor. Era un buen hombre, solamente un poco débil y amante del beber y que no podía de ninguna manera corregir su mala inclinación. Algunas veces su misma mujer le insultaba y hasta le pegaba cuando volvía a casa borracho… y él no hacía sino llorar.

«¡Desdichado de mí! ¡Quédeme ciego ahora mismo!… No lo haré más, no lo haré más».

Pero, ¡oh! desdicha; un mes después desaparece de pronto de su casa, se emborracha como un mal hombre, y no vuelve a ella hasta pasados dos días. «Pero, es necesario que halle dinero en alguna parte para sus borracheras», decían las gentes. Su último *negocio* fue el del reloj de la oficina o despacho, un reloj muy antiguo que estaba parado hacía tiempo. Un día entró por casualidad en el despacho, hallándolo abierto: tentole el reloj, lo tomó en sus manos y fue a venderlo a la ciudad próxima. Por su desgracia, el comerciante que se lo compró resultó pariente de una de las criadas de la casa, y cuando por las fiestas fue a pasar algunos días en el pueblo, habló de la compra que había hecho poco antes. Entrose en sospechas, y se empezó a hacer investigaciones, como si esto hubiese de ser útil a alguien. El intendente, sobre todo, no quería mucho bien a Polikei, y al fin el culpable fue hallado. Se informó a la señora del asunto y esta llamole a presencia suya. El pobre hombre cayó a sus pies de rodillas y lo confesó todo de una manera asaz conmovedora, como le enseñó su mujer que hiciera.

La cosa dio magnífico resultado. La señora empezó por hacerle un sermón, y después habló, habló todavía, invocando a Dios, a la virtud, a la vida futura, a su mujer y a sus hijos, hasta hacerle saltar las lágrimas al infeliz. Entonces le dijo la señora:

—Te perdono, pero has de prometerme que no volverás a hacer nunca jamás una cosa semejante.

—¡No, no la haré jamás! ¡Antes morir, o que me arranquen las entrañas! —dijo Polikei, y siguió llorando lamentablemente.

Una vez vuelto a su casa Polikei, se pasó todo el día gimoteando, y apenas si se meneó de encima de la estufa. Desde ese punto, ya nada se le pudo reprochar, pero en verdad que tampoco su vida tenía nada de alegre. Las gentes continuaban considerándole como un ladrón, y cuando vino la época de la recluta todo el mundo le señaló como el más indicado para el alistamiento.

Polikei, según hemos dicho ya, tenía a su cuidado los caballos. De qué modo se hubiese convertido de la noche a la mañana en un veterinario, nadie lo sabía, ni siquiera él mismo. Mientras trabajó en la yeguada del palafrenero aquel que le enseñó a robar, nunca desempeñó otras funciones que las de limpiar el establo, y alguna que otra vez aplicaba cataplasmas a los caballos y hasta les llevaba a beber. No sería, pues, allí donde aprendiera la veterinaria. Después fue tejedor, más tarde jardinero; luego, en calidad de castigo, fue dedicado a la fabricación de ladrillos, y finalmente llenó las funciones de portero en casa de un comerciante. En ninguno de estos sitios, pues, pudo tampoco hacer práctica de veterinaria. Y sin embargo, durante esos últimos tiempos, no se sabe cómo, empezó a correr la voz de que era extraordinariamente hábil en medicina veterinaria. Practicó una sangría, luego otra, y otras más; luego hizo tender en el suelo a un caballo y estuvo un buen rato rascándole no sé qué en el muslo; después de eso ordenó que se atase fuertemente el caballo y le hizo un tremendo corte en una de las patas hasta hacerle salir abundancia de sangre, explicando luego que a esto se llamaba: «Extraer la sangre de debajo de la herradura», y enseguida dijo que «para facilitar la curación» se había de practicar una sangría en dos venas a la vez, para lo cual empezó a dar grandes golpes de martillo sobre la mellada lanceta, hecho lo cual pasó por debajo del vientre del animal una especie de venda fabricada con un velillo de su mujer. Desde aquel día con-

tinuó cuidando todas las enfermedades de los caballos y del ganado, aplicando en todos los casos que se le ofrecía sales de vitriolo humedecidas en el líquido que guardaba en una botella, y dándoles para beber a todo pasto lo primero que le pasaba por la cabeza. Y cuanto más hacía padecer a los caballos, y cuantos más caballos mataba, más creía en su ciencia la gente y con mayor frecuencia iban a buscarle.

Comprendo muy bien, sin embargo, que no podemos nosotros, los de arriba, burlarnos del miserable Polikei. Los procedimientos que él empleaba para inspirar confianza en los demás, eran los mismos exactamente que tuvieron influencia sobre nuestros padres, que la tienen sobre nosotros y que la tendrán sobre nuestros hijos. El campesino que apoya su vientre contra la cabeza de su jumento, su riqueza única y un miembro casi de su familia, y que con expresión en que se mezclan la fe y el terror, contempla el rostro de Polikuchka fruncidas gravemente las cejas, mientras que con sus finas manos, las mangas de la camisa recogidas, aprieta con sabia precisión el punto dolorido y raja atrevidamente la carne viva, mientras dice tal vez para su capote: «¡Bah! puede que así y todo cure», fingiendo saber con exactitud dónde está la sangre mala, y dónde la materia, y dónde, en fin, la causa de la enfermedad, teniendo cogido con los dientes el trapo humedecido en algún líquido maravilloso, o bien la botellita de los grandes milagros; ese campesino, iba yo diciendo, no puede creer que Polikei ha levantado la mano para cortar la carne viva por donde primero se le antoje, pues siente dentro de sí mismo que él no lo podría hacer; y una vez practicado el corte, no se culpará ciertamente de haber hecho operar en vano tan cruenta cura. No sé si mis lectores habrán experimentado este sentimiento; mas yo sí puedo decir que lo he experimentado ante el doctor que, a instancias mías, ha atormentado cruelmente a personas muy queridas de mi corazón. La lanceta y la misteriosa botella con el líquido curativo y las palabras *rotura, sangría, materia*… son en el fondo lo mismo exactamente que esas otras palabras: *nervios, reumatismos, orgasmos*…

Sin duda alguna que el verso:

Ten el valor de engañarte y de soñar,

más que a los poetas, ha de referirse a los médicos y a los veterinarios.

III. La gran pipa de Polikei

La misma noche en que la asamblea popular encargada de escoger y nombrar a los reclutas, discutía a gritos en el despacho del intendente, llenando la atmósfera la fría niebla de octubre, Polikuchka se hallaba sentado al borde del lecho y encima de la mesa trituraba con ayuda de una botella un ingrediente que él mismo desconocía y que destinaba a un caballo enfermo. Había allí sublimado, azufre, sal de Glauber y ciertas hierbas que el mismo Polikei cogía. Una vez se imaginó el pobre que esas hierbas eran buenas para ciertas erupciones, y desde entonces ya no halló dificultad para administrarlas en toda otra clase de circunstancias. Los niños estaban ya todos acostados: dos sobre la estufa, dos en el lecho, y uno en la cunita, cerca del cual estaba sentada Akulina recosiendo la ropa. Un cabo de bujía, tomado quizás por el propio Polikei de casa de la señora, habiéndolo hallado mal guardado, estaba puesto en el borde de la ventana en un candelero de madera, y a fin de que su marido no se distrajera de la delicadísima operación que estaba ejecutando, la misma Akulina se levantaba para despabilar la mecha de la candela con sus propios dedos.

Algunos espíritus fuertes consideraban a Polikuchka como un veterinario ignorante y un cerebro vacío. Otros, la mayoría, considerábanle como un mal hombre, pero muy ducho en su arte de curar animales, y Akulina, aunque injuriaba con frecuencia a su marido y hasta, si era necesario, le pegaba, considerábale como el mejor veterinario del mundo y el hombre de mayores *capacidades*.

Polikei se puso en el hoyo de la mano una parte del ingrediente que había molido, bien que mal; no empleaba balanzas jamás y hablaba con ironía de

los farmacéuticos alemanes que se servían de ellas, diciendo: «No estamos aquí en una farmacia». Polikei, pues, consideró un momento la cantidad de ingrediente que tenía en la mano, halló que no había bastante, y echó todavía diez veces más, murmurando: «Se lo daré todo y así se pondrá bien más aprisa».

Akulina se volvió rápidamente al oír la voz de su señor, aguardando órdenes; pero al observar que no se dirigía a ella, con movimiento de indiferencia levantó los hombros, diciendo para sí misma: «¡En verdad que es un hombre extraordinario! ¿De dónde habrá sacado todo eso?…» y volvió a su labor. En esto se cayó de la mesa el papel que había envuelto los maravillosos ingredientes, y Akulina entonces gritó:

—¡Anutka! ¡Algo se le ha caído a tu padre… cógelo!

Anutka sacó de debajo la manta las delgadísimas y heladas piernas, como un gatito se metió por debajo de la mesa, cogió el papel y se lo tendió a Polikei.

—Toma, padrecito;—y sus delgadísimas y heladas piernecitas desaparecieron de nuevo debajo de la manta que la cubría.

—¿Por qué te meneas así?—gimió la pequeña de las niñas con voz ceceante y medio durmiendo.

—¿Queréis callar?…—hizo Akulina, y las dos cabecitas desaparecieron a un tiempo dentro del lecho.

—Si me da tres rublos,—exclamó Polikei, mientras tapaba la botella,—cierto que le curaré el caballo… y es todavía muy barato.—Luego añadió:
—¡Para eso se rompe uno la cabeza!… Akulina, ve a pedir un poco de tabaco a Nikita; mañana se lo devolveré.

Y Polikuchka sacó de uno de los bolsillos de su pantalón una vieja pipa de madera de tilo, hermosamente pintada en otro tiempo, y se puso a prepararla para fumar.

Akulina se levantó y salió, sin topar con nada ni con nadie, lo que era bastante difícil. Polikei mientras tanto abrió un pequeño armario y puso en él la poción que acababa de preparar, y tomó una botella de aguardiente que acercó a sus labios, pero frunció siniestramente las cejas al ver que no quedaba en el fondo de ella ni una sola gota de la deliciosa *agua de vida*… Sin

embargo, cuando hubo llenado la pipa con el tabaco que le trajo su mujer y se puso a fumarla sentado al borde del lecho, su rostro se iluminó con la alegría orgullosa de un hombre que ha dado feliz remate a su trabajo cotidiano. Quizás estaba pensando en cómo se las arreglaría para tirar mañana de la lengua al caballo enfermo y hacerle engurgitar la mixtura maravillosa que acababa de componer; o pensaba tal vez en que se encuentra siempre un buen hombre cuando se tiene necesidad de él, y que, fuese como fuese, lo cierto es que Nikita le había dado tabaco. La verdad es que en aquellos momentos el ínclito Polikuchka se sentía feliz. Pero, de pronto, la puerta, que se sostenía por un solo gozne, se abrió de par en par y apareció en el dintel una doncella de *arriba*, no la primera, ni la segunda, sino la tercera, la menor, la destinada a los más bajos oficios; todo el mundo sabe que *arriba* quiere decir «la casa de los señores», hasta cuando, en vez de arriba, está abajo…

Axutka, así llamaban a la tal doncella, corría siempre con la rapidez de una flecha, no doblaba los brazos al marchar, sino que los movía a la manera de un balancín, y no a lo largo del cuerpo como todo el mundo, sino hacia adelante, con una cadencia que seguía la velocidad de su andar. Sus mejillas estaban siempre más encarnadas que su encarnado corpiño, y su lengua se movía siempre con igual velocidad que sus piernas. Se metió de un salto en medio de la estancia, agarrándose con fuerza en la mesa, y empezó un balanceo horrible de todo el cuerpo; luego, como si tuviese el deseo de no decir más que tres palabras de una sola vez, empezó a hablar así, dirigiéndose a Akulina:

—La señora manda a Polikei Ilitch que suba inmediatamente *arriba*, y manda…—se detuvo para respirar profundamente.—Egor Mikhailovitch estaba con la señora, hablando de reclutas… se ha pronunciado el nombre de Polikei Ilitch… Audotia Mikhailovna ha ordenado que se venga enseguida… La señora ha ordenado,—de nuevo se detuvo para respirar—que se venga inmediatamente…

Más de medio minuto se quedó Axutka contemplando a Polikei y luego a su mujer y a los niños, que sacaban la cabecita de debajo de las sábanas, tomó una cáscara de nuez que halló sobre la estufa, la tiró al rostro de Anutka, exclamó otra vez todavía: «Que se venga inmediatamente…» y salió de la estancia como llevada por un vendaval, viéndose como sus brazos se balanceaban al compás de su precipitada carrera.

Akulina se levantó y dio las botas a su marido, unas botas de soldado, ya estropeadas por mil partes; tomó luego el caftán que estaba sobre la estufa y se lo presentó sin mirarle de frente, tratando de esquivar los ojos de Polikei.

—Ilitch, ¿quieres cambiarte la camisa?—dijo la pobre mujer.

—No.

Akulina ni una sola vez miró a su esposo, mientras este se calzaba las botas y se ponía silenciosamente el abrigo.

Y en verdad que hizo bien, pues Polikei estaba blanco como la cera, su labio inferior tembloteaba y sus ojos habían tomado esa expresión de tímido gimoteo, de profunda desesperanza que vemos solamente en los hombres buenos, débiles y culpables. Se arregló un poco el cabello y se dispuso a partir… pero su mujer le detuvo un momento, le arregló los pliegues de la camisa que caían sobre su chaquetón y le puso el gorro en la cabeza…

—¿Qué hay… Polikei Ilitch? Dicen que la señora os manda llamar,—oyose que gritaba desde su *rincón* la mujer del carpintero.

Aquella misma mañana la mujer del carpintero se había disputado gordo con Akulina, pues una de las chicuelas de esta había derribado en su casa un cubo de lejía, y, al menos en los primeros momentos, le fue cosa agradable entender que Polikei había sido llamado por la señora, pues no sería probablemente para nada bueno. Era, además, una de esas mujeres mordaces, que saben con una palabra sola mortificar a una persona, era una mala mujer… al menos tal creía ella de sí misma.

—Sin duda quieren enviaros a la ciudad para compras…—continuó diciendo la carpintera.—Buscan, sin duda, un hombre de toda confianza, seguro… y nadie mejor que vos. En este caso, compradme un cuarterón de té, Polikei Ilitch.

Akulina hacía esfuerzos para contener sus lágrimas y sus labios se crispaban horriblemente… Le venían, sin duda, intenciones de ahogarle la voz en la garganta a esa mala mujer, de arrancarle el moño al menos. Pero, cuando contempló a sus hijos y le vino la idea de que iban a quedar huérfanos y que ella sería pronto la mujer de un soldado, olvidó las burlas y las ironías de aquella mujer, escondió su rostro entre las manos, se sentó sobre el lecho y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

—Madrecita, me aplastas… —balbuceó la niña pequeña, con su media voz, procurando subirse hasta las orejas el abrigo de la cama que había quedado cogido bajo el codo de su madre.

—¡Al menos hubieseis muerto todos!… ¡Solo para desdicha vuestra os he puesto en el mundo! —exclamó llorando Akulina. Y sus sollozos llenaron la estancia, con no poca alegría de la mujer del carpintero, que no había olvidado aún la lejía de la mañana.

IV. Polikuchka es el último de los hombres…

Transcurrió así una media hora… El más pequeño empezó a llorar horriblemente; Akulina se levantó y diole el pecho. La pobre mujer ya no lloraba; pero, apoyando en la palma de la mano su rostro flacucho y hermoso todavía, contemplaba con fijeza la llama de la candela que se estaba acabando ya, y he aquí las ideas que giraban incesantemente en su cabeza: ¿Por qué me casé? ¿Por qué se necesitan tantos soldados? ¿Cómo podré vengarme de esa mala mujer?…

De pronto oyó los pasos de su marido. Se enjugó las lágrimas y se levantó para dejarle libre el paso. Polikei entró en su *rincón* con el mismo orgullo que entrara en un palacio; tiró el gorro sobre la cama, respiró profundamente y con sosiego empezó a quitarse el cinturón.

—Bien… ¿y qué? ¿Por qué te ha mandado llamar?

—¡Bah! ¡Ya es sabido! Polikuchka es el último de los hombres; pero cuando hay algo importante que hacer, ¡él es el llamado, Polikuchka!

—¿Qué dices?

Polikei no se daba prisa en contestar. Encendió su pipa, y escupió dos o tres veces.

—Me ha ordenado ir a casa de un comerciante para cobrar algún dinero.

—¿Cobrar dinero?—exclamó casi asustada Akulina.

Polikei sonriose y meneó a un lado y otro la cabeza, exclamando al fin:

—¡Ah! ¡Y lo bien que habla la señora!… Ha dicho: Tú eres considerado un hombre poco seguro; pero yo tengo más confianza en ti que en ningún otro.—Polikei hablaba en voz alta para ser oído de sus vecinos.—Tú me has prometido corregirte; ahora bien, he aquí la primera de las pruebas que de ti necesito para creerte del todo. Irás a casa del comerciante *tal*, en la ciudad, tomarás el dinero y me lo traerás… Yo dije entonces: Señora, todos vuestros siervos han de serviros como Dios manda. Es por esto que yo entiendo que puedo hacerlo todo en servicio vuestro y no rehuso trabajo ninguno, por penoso que sea. Haré todo lo que me ordenéis, pues soy vuestro esclavo…—y al pronunciar estas palabras sonrió de nuevo, con aquella sonrisa singular del hombre débil, bueno y culpable.—Entonces, ella dijo: ¿De modo que puedo contar contigo? Comprende que tu porvenir depende de esto… Y yo dije: ¿Cómo no he de comprender que soy capaz de hacer esto y todo lo que me ordenéis? Si os han dicho mal de mí, también puede decirse de todos los demás; en cuanto a mí, no creo haber pensado una sola vez cosa contraria a vuestra dicha… En una palabra, he sabido decir tan buenas cosas que la señora ha quedado encantada y ha sido muy amable conmigo… Tú serás, me ha dicho finalmente, mi hombre de confianza.—Aquí se calló Polikei, y de nuevo aquella misma sonrisa singular iluminó su rostro.—Ya sé yo cómo se ha de hablar con ellos… Cuando estaba en la esclavitud, llegaba a veces el amo irritadísimo, gritando… Pues yo no hacía más que decirle algunas palabras y enseguida se calmaba, poniéndose más suave que el terciopelo.

—¿Se trata de mucho dinero?—preguntó Akulina.

—Tres veces medio millar de rublos,—contestó displicentemente Polikei, mientras su mujer movía con desconfianza la cabeza.

—¿Cuándo has de partir?

—La señora ha dicho: Mañana tomas el caballo que más te guste, te presentas en la oficina, y después que Dios te acompañe.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Akulina levantándose y santiguándose. —Que Dios te ayude, Ilitch,—murmuró en voz baja para no ser oída por la mujer del carpintero, y, cogiéndole por la manga de la camisa, continuó así: —Ilitch, óyeme bien; te lo suplico en nombre de Cristo: Cuando partas besa

fervientemente la cruz, jurando que no beberás en todo el camino una vez siquiera…

—¡Pudiste pensar que bebería llevando encima tanto dinero!… Escucha, alguien allá *arriba* toca el piano… ¡Es bueno eso!—Y añadió sonriendo, después de un corto silencio.—Sin duda es la señorita. Yo estaba de pie delante de la señora, en la misma puerta del despacho, y la señorita estaba algo más adentro. De pronto, se sentó al piano y se puso a tocar… ¡Oh! ¡Era admirable! Te juro que sabré cumplir como bueno; me siento capaz de llevar a feliz término el encargo que se me ha hecho. Dame ahora una camisa limpia…

Y fueron a acostarse felices y contentos.

V. En busca del tercer soldado

Mientras tanto la asamblea de los campesinos iba acalorándose, reunida delante del despacho del intendente. El asunto se iba poniendo serio. Casi estaban allí todos los campesinos, mientras Egor Mikhailovitch hablaba con la señora; llevaban todos cubierta la cabeza, cada vez eran en mayor número las voces que tomaban parte en la discusión, y cada vez también hacíanse más ruidosas. El rumor sordo del charloteo, interrumpido de vez en cuando por palabras sueltas pronunciadas en voz más alta o más ronca, llenaba el espacio, y llegaba, como el bramido de un mar tempestuoso, hasta las mismas ventanas de la señora, a la que producía cierta inquietud nerviosa, semejante a la que en ella causaba una fuerte tempestad. Tan pronto se mostraba en extremo nerviosa, tan pronto como asustada. Parecíale sin duda a cada momento que las voces de aquellos hombres iban a hacerse más altas y más frecuentes o bien que algo trágico iba a suceder, pensando: «Como si no pudiese entenderse la gente hablando despacio y mesuradamente, sin gritos y sin exclamaciones, según manda la ley cristiana, fraternal y dulce…»

Muchos hablaban al mismo tiempo, pero una voz sobresalía de las demás; era la de Feodor Riezun, el constructor. Tenía en su familia dos trabajadores, y afirmaba tocar a los Dutlov ser alistados, contra cuyo ataque el viejo Dutlov se defendía bravamente, manteniéndose primero detrás del grupo; pero de pronto se puso delante, y sofocado y ahogándose, los brazos al aire o bien tirando de su barbilla, se enronquecía a cada punto, hasta el extremo de que a él mismo le era difícil entender lo que decía. Sus hijos y su sobrino, todos ya buenos mozos, se agrupaban en torno suyo, recordando el juego de «la gallina defendiendo a sus polluelos de las garras del

milano». El milano era aquí Riezun, y no Riezun solamente, sino todos aquellos también que no tenían en su familia más que dos trabajadores o uno solo, y así casi todos los campesinos cebábanse en el pobre Dutlov. La cuestión era como sigue: el hermano de Dutlov, treinta años hacía, había ya sido alistado y servido en el ejército, y por esto Dutlov no quería ser comprendido entre las familias que contaban con tres trabajadores; pretendía que se tuviese en cuenta el servicio de su hermano y que se le comprendiese entre las familias de dos trabajadores solamente y que fuese de entre todas estas sacado el tercer recluta que hacía falta. Además de la familia Dutlov, había, cierto es, cuatro familias más de «tres trabajadores»; pero el jefe de una de ellas era *starosta*, y la señora le tenía dispensado este servicio; otra, cuando el último alistamiento, había ya dado un recluta, y las otras dos lo daban ahora, de modo que ni siquiera asistían a la reunión; tan solo la madre de uno de ellos manteníase, llena de tristeza, como perdida entre la última fila de los reunidos, esperando vagamente tal vez que la rueda girase en sentido favorable para su hijo. El segundo recluta, el rubio Román, con un caftán todo hecho pedazos, aunque no era ciertamente pobre, se estaba apoyado en el dintel de la puerta, callado siempre y con la cabeza inclinada al suelo; a veces miraba un momento al que levantaba más la voz, pero de nuevo quedaba pensativo, respirando toda su persona un profundo dolor.

El viejo Semion Dutlov era hombre a quien, cualquiera que le conociese un poco, podía confiar centenares y millares de rublos; era un hombre moderado en todo, temeroso de Dios, y además se hallaba en buena posición, por lo que era todavía más de extrañar su tenaz oposición en dar el tercer soldado.

Riezun, el carpintero, por el contrario, era un mocetón de elevada estatura, moreno, amigo de ruido, borracho, atrevido y con esto habilísimo en las discusiones y las disputas, donde fuese que se hallase, en las asambleas, en los mercados, con los obreros o los comerciantes, con los campesinos o los señores.

En la presente ocasión se mantenía asaz tranquilo, aunque mordaz, aplastando con la sonoridad de su voz y la elocuencia de su palabra al viejo Dutlov, que se ahogaba e iba perdiendo terreno en su defensa.

En la discusión tomaban también parte Garoska, Kopilov, joven todavía, de cara redonda y cabeza muy gorda, con la barba rizada: era uno de los ha-

bladores de la generación posterior a Riezun, que se distinguía por la dureza de su palabra y gozaba ya de cierta autoridad en las asambleas. Uno de los que más hablaba también era Feodor Melnitchni, un campesino amarillento, delgaducho y largo, joven todavía, pero ya encorvado, con barba escasa y los ojos siempre sombríos y como llenos de cólera. Era hombre que lo tomaba siempre todo por el peor de sus aspectos, perturbando con frecuencia la reunión con sus preguntas o sus observaciones inesperadas y muchas veces fuera de tono. Estos dos habladores estaban del lado de Riezun. Además, otros dos charlatanes se mezclaban con frecuencia en la discusión; uno de ellos se llamaba Khrapkov y era un hombre con cara llena de mansa bondad, con una barba muy poblada y larga y que a cada dos palabras decía: «Querido amigo»; el otro era un hombre pequeñito, con cara de pájaro, se llamaba Gidkov, y a cada momento también decía: «Hermanos míos, resulta de esto…»; se dirigía a todo el mundo y hablaba bien, pero casi siempre fuera de propósito. Esos tan pronto se mostraban favorables como contrarios a cada uno de los bandos, por lo cual nadie les hacía caso. Otros habladores había aún de este mismo género, pero los dos citados eran los que mejor sabían introducirse entre los contendientes, y, aunque eran los menos escuchados, eran también los que gritaban más, dándose el placer, en medio de tanto barullo, de dar rienda suelta a sus lenguas.

Había aún otras categorías de gentes: los taciturnos, los que a todo se avenían, los indiferentes, los comprimidos, y no faltaban tampoco mujeres que, con sus bastones en la mano, se mantenían detrás de los hombres, silenciosas casi siempre. Pero de toda esa gente hablaré más adelante, si Dios me lo permite. En general, la muchedumbre se componía de campesinos que asistían a la asamblea como asisten a los divinos oficios, y hablaban en voz baja y balbuciente de los asuntos de su familia, del momento propicio para ir a cortar leña al bosque, o aguardaban en silencio que los demás acabasen de chillar. Los había también muy ricos, y a los cuales el resultado de la asamblea ni añadiría ni quitaría nada. De estos era Ermil, con su cara larga y luciente, a quien los campesinos llamaban el «gran-vientre» por lo muy rico que era. De estos también era Starostine, en cuyo rostro se reflejaba la más entera satisfacción, como si dijese: «Hablad vosotros cuanto queráis, conmigo no podéis nada. Tengo cuatro hijos, pero de mi casa no saldrá el recluta que os falta». Los más atrevidos, como Kopilov y Riezun le dirigían de vez en cuando algún ataque, mas él les contestaba con sosiego y firmeza, consciente de su inviolabilidad. Si el viejo Dutlov se parecía a la *gallina* de-

fendiendo a sus polluelos, sus hijos y su sobrino no se parecían mucho a estos, pues no se movían siquiera, ni gritaban, ni hablaban tan solo, manteniéndose quietecitos tras la *gallina*. El mayor, Ignati, tenía ya más de treinta años; el segundo, Vasili, estaba también casado, y el sobrino, Iluchka, acababa de casarse; era muy blanco de rostro, con unas mejillas muy rosadas y llevaba puesta una elegantísima *tulupe*, pues era postillón. Contemplaba indiferente a la multitud, rascándose a veces la nuca, y se arreglaba de vez en cuando el gorro o las pieles; hubiérase dicho que aquello no le interesaba lo más mínimo, y él precisamente era el señalado por la mayoría de los reunidos.

—¡Vaya con el viejo! También fue soldado mi abuelo,—decía uno;—he aquí por qué no quiero yo tampoco entrar en suerte.

—No existe semejante ley, amigo mío; en el último alistamiento, fue al servicio el hijo de Mikheitch, y su tío no había vuelto todavía.

—Pues, en tu casa, ni tu padre, ni tu tío, han servido al zar,—gritaba el viejo Dutlov,—ni tampoco tú has servido a nadie, ni al amo, ni al *mir*. Tú no has hecho más que beber, y tus hijos te han dejado, porque es imposible vivir contigo. Y ahora quieres perjudicar a los demás, mientras que yo, durante diez años, he sido *starosta*. Dos veces he tenido fuego en mi casa y nadie me ha ayudado, y, porque en mi familia todo es tranquilidad y honradez, se me quiere hoy arruinar… Devolvedme, pues, a mi hermano. ¿No ha muerto el pobre en el servicio? ¡*Mir* cristiano, juzga según la voluntad de Dios, y no te dejes engañar por un borracho mentiroso!

Al mismo tiempo casi, Guerasim decía a Dutlov:

—Nos presentas y quieres hacer valer el ejemplo de tu hermano; pero recuerda que no es el *mir* quien le alistó, sino que, debido a su mala conducta, los señores le hicieron soldado; de manera que no puedes sacar de este ejemplo razón ninguna en tu favor.

No había acabado aún Guerasim de hablar, que se adelantaba ya el largo y amarillento Feodor Melnitchni, y con su voz sombría exclamaba:

—Esto es, los señores son quienes mandan al servicio a quien quieren, y luego el *mir* ha de resolver toda suerte de conflictos. El *mir* decide que tu hijo ha de partir, y si tú te opones, ve y pide dispensa y perdón a la señora… ¡puede que entonces me alisten a mí, que soy hijo único! ¡Esta es la ley!—

acabó diciendo con rabia, y haciendo un gran gesto con la mano volviose a su sitio.

Román, el rubio, cuyo hijo era uno de los primeramente designados, levantó un momento la cabeza, y exclamó:

—¡Esto es, esta es la ley!—y casi llorando de despecho se sentó en una de las gradas de la puerta.

Pero no acababa aquí; además de las voces que chillaban todas a un tiempo y de los que, en las últimas filas, se entretenían hablando de sus negocios, los charlatanes no olvidaban su papel.

—En efecto, *mir* cristiano,—decía el pequeño Gidkov, repitiendo las palabras de Dutlov.—Es necesario que juzguemos como cristianos, hermanos míos; lo primero, es juzgar como cristianos.

—Es preciso, ante todo, juzgar en conciencia, querido amigo,—dijo el bueno de Khrapkov, tirando al viejo Dutlov por la *tulupe*.—Entonces fue hecha la voluntad de los señores, no la decisión del *mir*.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—gritaron algunos.

—¿Quién es ese borracho? ¿Quién es ese mentiroso?—clamaba Riezun.—¿Acaso me has dado tú de beber, eh?… ¿O bien ha sido tu hijo, a quien más de una vez han recogido borracho en medio de la calle? Vaya, hermanos míos, es necesario tomar una resolución. ¡Si queréis favorecer a Dutlov, no hay más remedio entonces que elegir, no solamente entre las familias de dos trabajadores, sino también entre las que no tienen más que un solo hijo, y después el viejo se burlará de nosotros!

—¡A Dutlov es a quien toca partir! Ni siquiera hay que discutirlo.

—¡Bien dicho!… Aquellos que tienen tres hijos son los que han de dar el recluta que falta,—gritaron algunos.

—Todo depende de lo que la señora mandará. Egor Mikhailovitch ha dicho que tal vez entregue a alguno de los *dvorovoi*,—dijo alguien a media voz, y esta objeción calmó bastante la disputa de los campesinos; pero pronto se inflamó otra vez, convirtiéndose ya en personal.

Ignati, de quien había dicho Riezun que le recogían borracho en la calle, acusó a Riezun de haber robado la sierra de un carpintero que había pasado

por el pueblo, y que un día estando borracho con un poco más mata a su mujer a golpes.

Riezun contestó que lo mismo pegaba a su mujer estando borracho que no estándolo, y que no era todavía bastante, con lo cual hizo reír a todo el mundo. Pero, en cuanto a la sierra sí que se dio por ofendido, y acercándose a Ignati le preguntó:

—¿Quién ha robado la sierra?

—Tú la has robado,—le contestó atrevidamente el vigoroso Ignati, acercándosele todavía más.

—¿Quién la ha robado?… ¡Quizás tú la has robado!

—¡No, no; tú!—gritó Ignati.

Después de la sierra, se habló también del robo de un caballo, y de un saco de avena, y de una gran cantidad de verduras, y de otras mil cosas todavía… Y los dos campesinos se dijeron cosas tan horribles, que si solamente una centésima parte de ello hubiese sido verdad, a tenor de las leyes, los dos hubieran tenido que ser cuando menos deportados a Siberia.

Mientras tanto, el viejo Dutlov había elegido ya otro medio de defensa. Los gritos y las querellas de su hijo le disgustaban, y le hizo callar, diciéndole: «¡Esto es un pecado, déjale!» Y empezó a demostrar que las familias de tres trabajadores no eran tan solo aquellas cuyos hijos vivían reunidos, sino también aquellas cuyos hijos estaban separados, y entre esta clase de familias señaló la de Starostine.

Starostine sonrió maliciosamente, fingió que tosía un poco, y acariciándose la barba y dándose aires de campesino rico, contestó que no había más voluntad que la del señor, y que si había sido declarado libre de este servicio, sería sin duda por haberlo merecido. En cuanto a las familias cuyos hijos viven separados, Guerasim destruyó también las razones de Dutlov haciendo observar que, si acaso, debía habérseles prohibido que se separasen, como en los antiguos tiempos, pero que ya una vez separados… en fin, que no era posible alistar a los hijos únicos.

—¿Es acaso por gusto que se separa de la familia uno de los hijos? ¿Por qué, pues, ese empeño de arruinarnos ahora?—decía la voz de los que se hallaban en tales condiciones. Y los indiferentes uníanse a este parecer.

—¡Eh! ¡Compra un hombre, si no quieres que marche tu hijo! ¡Tus medios de sobra te lo permiten!—dijo finalmente Riezun al viejo Dutlov. Este cruzó desesperadamente su caftán y se metió entre los demás campesinos, exclamando:

—¡Sin duda has contado mi dinero!… ¡Vaya! Hemos de ver todavía lo que dirá Egor Mikhailovitch de parte de la señora.

VI. ¡He aquí la decisión de la señora!

En efecto, Egor Mikhailovitch salía en aquel mismo momento de casa de la señora. Todo el mundo, uno después de otro, fue quitándose el gorro de la cabeza, y a medida que el intendente fue acercándose se vieron descubiertas, una después de otra, cabezas calvas, o blancas, o rubias, o negras… Poco a poco fueron calmándose las voces, y finalmente quedó restablecido el silencio más absoluto. Egor Mikhailovitch se detuvo un momento en el mismo dintel de la puerta, e hizo señas de que iba a hablar. Egor Mikhailovitch, dentro de su largo casacón, las manos metidas en los bolsillos delanteros, el casquete un poco de través, las piernas muy separadas, todo el mundo con la mirada fija en él, ofrecía en efecto un muy diferente aspecto del que tenía en presencia de la señora; puede decirse que estaba realmente majestuoso.

—¡Hijos míos!… He aquí la decisión de la señora: no quiere alistar a ninguno de los *dvorovoi*, y aquel que vosotros, entre vosotros mismos, elijáis, aquel será soldado. Ya sabéis que necesitamos tres reclutas… en realidad, nada más que dos y medio, pues la otra mitad se nos tendrá en cuenta para otra vez. Pero la verdad es que, hoy por hoy, necesitamos tres reclutas.

—En verdad, esto ya es sabido,—dijeron algunos.

—Según yo entiendo,—continuó diciendo el intendente sin perder el hilo de su discurso,—en cuanto a Khoruschkine y Vaska Mitukhin, el mismo Dios es quien les ha hecho soldados.

—¡Es verdad, es verdad!—repitieron varios.

—El tercero habrá de ser un Dutlov… o algún otro, elegido de entre las familias que tienen dos trabajadores. ¿Qué os parece?

—¡Un Dutlov!—gritaron muchos.—Los Dutlov son tres.

Y nuevamente, poquito a poco, volvieron los campesinos a sus gritos y a sus mutuas inculpaciones de antes, sacando de nuevo a relucir el robo de *esto* y el robo de *aquello*…

Egor Mikhailovitch, que hacía más de veinte años que administraba la hacienda, era un hombre inteligente y muy entendido en esta clase de negocios. Permaneció en pie más de un cuarto de hora, escuchando en silencio las disputas de aquella gente, y de pronto ordenó a todo el mundo que se callase, y que se echase a la suerte cuál de los tres Dutlov tendría que partir. Se cortaron tres pedacitos de papel, los metió Khrapkov en su propio gorro, los agitó un momento y enseguida sacó uno de ellos, que resultó ser el de Iluchka.

Todos callaron.

—¿Con que yo, eh?… ¡A ver, enséñamelo!—exclamó Ilia, con voz entrecortada por la emoción.

Todos callaban todavía. Egor Mikhailovitch ordenó entonces que al día siguiente llevasen todos el dinero destinado a los reclutas: siete *kopeks* por familia; después declaró que todo había terminado y la asamblea se dispersó.

Cada cual se hundió el gorro hasta la nuca, y aquella multitud empezó a moverse en medio de un gran rumor de pasos y de conversaciones. El intendente, todavía en el dintel de la puerta, contempló un momento como iba alejándose la multitud.

Cuando los jóvenes Dutlov hubieron doblado la esquina, llamó Egor al viejo, que se detuvo como movido por un resorte, y entró con él en el despacho.

—Te compadezco, anciano,—hizo Egor Mikhailovitch sentándose ante su mesa.—Te ha tocado la vez. ¿No comprarás un soldado para tu sobrino?

El viejo, sin contestar, se quedó mirando desolado a Egor Mikhailovitch.

—¡Nada puedo hacer!—exclamó Egor Mikhailovitch como contestando a su mirada.

—Sería bien dichoso si pudiese… pero es el caso que no podemos, Egor Mikhailovitch. Hemos perdido dos caballos este verano, y he casado a mi sobrino. Evidentemente, se nos trata así, porque vivimos todos con honradez… En cuanto a *él*, bien puede hablar…—Sin duda se refería a Riezun.

Egor Mikhailovitch se frotó con fuerza el rostro con la mano y bostezó horrorosamente. Era indudable que se aburría ya, y además era tiempo de tomar el té.

—¡Eh! viejo, cuidado en pecar,—dijo el intendente.—Busca bien, y tal vez halles todavía en tu bodega los cuatrocientos rublos; te compraré un magnífico soldado. No ha mucho que me hablaron de uno…

—¿De la ciudad?—preguntó interesado Dutlov.

—Bueno, ¿lo comprarás?

—Digo ante Dios que sería bien dichoso; pero…

Egor Mikhailovitch le interrumpió severamente:

—Pues, bien; óyeme, anciano. Que Iluchka no intente nada para escaparse, y que se halle completamente listo cuando mande mañana por él. Tú mismo lo traerás, y serás responsable de su persona; y si, Dios no lo quiera, le sucede algo de hoy a mañana, ten en cuenta que enviaré en su lugar a tu hijo mayor; ¿entiendes?…

—Pero, no se puede coger un hombre de una casa que no tiene más que dos trabajadores, Egor Mikhailovitch.—Después de un corto silencio, añadió el viejo:—A esto se llama no tener fortuna; mi hermano murió en el servicio y ahora se quiere que muera también su hijo… ¿Por qué he de ver en mi casa tanta desgracia?…—concluyó casi llorando y poco menos que cayéndose de rodillas.

—Vaya, hombre; no hay que desesperarse contra la suerte. Es preciso cumplir… Vigila mucho a Iluchka; tú eres responsable de él,—hizo finalmente Egor Mikhailovitch.

Y el viejo Dutlov se fue a su casa, pensativo, golpeando con el bastón los pedruscos de la calle.

VII. Polikei va en busca de su perdición

Al día siguiente, muy de mañana, una carreta de camino, la misma de que se servía el intendente para sus viajes, estaba parada ante el «pabellón» de los criados; iba tirada por un gran caballo bayo, llamado Tambor, no se sabe por qué. Anutka, la hija mayor de Polikei, a pesar de la lluvia y del viento helado que corría, desnudos los pies y apenas abrigada la cabeza con una especie de vieja camisa que servía en la familia para todo, tenía el caballo de las riendas, pero a cierta distancia, pues no hay duda que el formidable animal le causaba infinito miedo. En el *rincón* de Polikei había gran movimiento. Era todavía muy oscuro; apenas si la grisácea claridad de la mañana lograba atravesar los cristales de la ventana, pegados con papel en mil de sus partes. Akulina no se cuidaba en aquellos momentos, como otros días, ni de las provisiones, ni de la cocina, ni de los niños. Los pequeños, no levantados todavía, temblaban de frío, pues los abrigos de la cama se habían ido convirtiendo en vestidos de los que estaban levantados ya. Akulina no se ocupaba más que de preparar la marcha de su marido. La camisa limpia estaba ya a punto; pero las botas, las cuales, como se ha dicho, estaban muy estropeadas, eran objeto de cuidados especiales. Akulina se quitó los gruesos zapatos de lana, únicos que había en la familia, y se los dio a su marido; luego, con un trozo de manta que Polikei había hallado el día anterior mal guardado en el establo, logró remendar algunos de los agujeros de mayor tamaño que las malhadadas botas tenían, con objeto de garantir algo más de la humedad los pies de Ilitch.

El mismo Polikei, sentado y con los pies sobre la cama, procuraba arreglar un poco su cinturón, de manera que perdiese al menos su aspecto de cosa sucia e inservible. Con esto, la pequeñuela ceceante, cubierta la cabeza con un chal que llegaba a enredarse con sus desnudas piernecitas, fue enviada a casa de Nikita para pedirle prestado su gorro. Las demás gentes de la izba aumentaban todavía el movimiento y la confusión en casa de Polikei, yendo a pedir a Ilitch que comprase en la ciudad: para ese, alfileres; para el otro, un poco de té; para el de más allá, aceite de ricino, o tabaco, o mil otras fruslerías… hasta la mujer del carpintero fue a pedirle que le comprase un poco de azúcar. Esta última había ya encendido el samovar, y para congraciarse con el pobre Polikei, le trajo una gran taza de la bebida a que ella daba el nombre de *té*. Habiéndose negado Nikita a prestar su gorro, no hubo más remedio que remendar el suyo propio, metiendo dentro los pedazos de uata que se salían fuera y recoser como se pudo los agujeros con una aguja de veterinario; el gorro quedó tal cual, pero las botas dejaban bastante que desear. Anutka, helada ya enteramente, dejó escapar el caballo, y Machka, cubierta la cabeza con un peludo, fue a ocupar su sitio, y luego la misma Akulina salió para tener quieto a Tambor. Finalmente, llegó Polikei a quedar listo, llevando puesto encima todo lo mejor que la familia poseía en calidad de abrigos; se instaló de un salto en la carreta, se apretó el cinturón, se arregló el caftán, tomó las riendas, se apretó todavía más, como hace la gente que se respeta… y partió.

Michka, el hijo mayor, que se hallaba en el dintel de la puerta tiritando de frío, pidió a gritos que le llevasen un poco en la carreta, y lo mismo exigió, también a gritos, la pequeña Machka. Polikei entonces, deteniendo el caballo, sonriose amablemente ante las exigencias de sus hijos, Akulina hizo subir a los niños, y entonces inclinándose hacia él le recordó en voz muy baja el juramento que había hecho de no beber una sola vez en todo el camino. Polikei llevó a los niños un buen trecho; luego les hizo bajar, se apretó otra vez el cinturón, se hundió más aún el gorro en la cabeza y partió solo, al trote regular del gran caballo. Los hondos baches del camino hacían temblar fuertemente sus mejillas y chocar sus pies contra el guardabarros.

Machka y Michka corrieron descalzos a su casa, subiendo con rapidez la resbaladiza pendiente, y tales gritos daban ambos al correr que un perro, al verlos pasar de aquel modo, se puso a ladrar desaforadamente y a correr de-

trás de ellos, logrando así que los herederos de Polikei corriesen aún más y gritasen más fuerte…

El tiempo era malo, el viento cortaba el rostro, y unas veces la nieve, otras la lluvia, otras la escarcha, comenzaban a azotar el rostro de Ilitch y sus manos desnudas y heladas, que él procuraba esconder, cogidas las riendas, en las anchas mangas de su abrigo; el pobre Tambor movía a un lado y otro la vieja cabeza, agachaba las orejas y cerraba los ojos.

Después, pareció que el cielo iba a despejarse y se vieron correr hacia el ocaso las nubes blanquecinas, y hasta pareció que el sol iba a salir, pero sin fuerza y sin alegría, como aquella peculiar sonrisa de Polikei. A pesar de todo, Polikuchka se abismaba cada vez más en agradables pensamientos. Él, el pobre hombre a quien se había querido deportar, a quien se había amenazado con enviarle al servicio del ejército, a quien solamente los borrachos o los perdidos no injuriaban, a quien se cargaba siempre con los trabajos más pesados… era precisamente enviado a buscar una suma importante de dinero, mucho dinero, y la señora había puesto su confianza en él… guiaba la carreta del intendente, tirada por el viejo Tambor, que muchas veces había llevado a la señora misma, y tenía en la mano dos verdaderas riendas de cuero… Y Polikei se sentía envanecido, cuidando de vez en cuando de meter adentro la uata que se le salía del gorro, y se apretaba todavía más el cinturón. No obstante, si Polikuchka se imaginaba tener los aires de un rico comerciante, engañábase de un modo lamentable.

Todo el mundo sabe, en efecto, que hasta los comerciantes que tienen diez mil rublos, viajan en carretas como la suya y con riendas de cuero; pero, sin embargo, no es del todo la misma cosa. Vemos a un hombre, con un caftán negro o azul, sentado solo en una carreta de la que tira un caballo de hermosa estampa; pero apenas fijamos la vista en el caballo y vemos si está bien cuidado o no, y miramos de cerca los detalles de su atalaje, y ponemos un poco más de atención en el hombre mismo, y en su manera de sentarse, y en su manera de tener las riendas y en el peor o mejor estado del gorro con que cubre su cabeza, descubrimos inmediatamente si el tal comerciante hace sus negocios por millares o por centenares de rublos. Todo hombre con alguna experiencia, a la primera mirada que echase sobre Polikei, y sobre sus manos, y sobre su rostro, y sobre su barba, que dejaba crecer desde hacía poco, y sobre su cinturón, y sobre las delgadeces de Tambor y los gastados hierros de la carreta, hubiera reconocido inmediatamente que

no era Polikei hombre a quien sobrasen los centenares ni siquiera las decenas de rublos, sino más bien un pobre siervo a quien se había hecho algún encargo más o menos importante. Pero Ilitch no pensaba en nada de esto, y se engañaba a sí mismo agradablemente. Tres medios millares de rublos es lo que, a la vuelta, llevaría consigo, y si quisiese, bien podría, en vez de volver al pueblo, hacer que Tambor le llevase a Odesa… o a donde Dios quisiera. Pero Ilitch no haría nada de esto; traería intacto el dinero a la señora y le diría que otras veces había llevado aun muchísimo más. Al pasar por delante de la taberna, el viejo Tambor aflojó las riendas, se volvió hacia la izquierda y se paró en seco; pero, aunque tenía encima el dinero que le habían dado para las compras, Polikei pegó al caballo y continuó su camino. Lo mismo hizo al pasar por delante de la segunda venta que se hallaba en el camino, y cerca del mediodía llegó a la ciudad… Bajó de la carreta, abrió la puerta cochera de casa del comerciante donde se hospedaban todos los servidores de la señora, hizo entrar el vehículo, desenganchó el caballo y lo entró en el establo. Después comió con los obreros del comerciante, sin olvidarse de contar el objeto de su viaje, y luego, con la carta del intendente en el interior del gorro, se fue a casa del jardinero. El jardinero, que conocía mucho a Polikei, después de leída la carta, le hizo algunas preguntas con cierto aire de desconfianza, a fin de asegurarse de que en realidad traía Ilitch la orden de llevarse el dinero. Polikei quiso enfadarse, pero no lo pudo conseguir, y se quedó mirando sonriente al jardinero con su sonrisa de siempre. El jardinero volvió a leer otra vez la carta y le entregó por fin los cuartos. Apenas los tuvo Polikei en su poder, los metió en su bolsillo y se dirigió a su hospedaje. Ni las tabernas ni las tiendas de ninguna clase le seducían, sintiendo en todo su ser una especie de agradable nerviosidad; se detenía delante de algunas tiendas, contemplando hermosas botas, y gorros flamantes, y ropas de todas clases, y después de embelesarse mirándolo todo se marchaba, pensando: «Todo eso podría yo comprarlo, si quisiese… pero no lo haré, ¡no quiero hacerlo!…» Entró por fin en el bazar para comprar los varios encargos que le habían hecho, y cuando lo hubo comprado todo, pidió el precio de un abrigo peludo, de piel de cordero, por el cual se pedían veinticinco rublos. El comerciante, juzgando sin duda por el aspecto de Polikei, no creyó que este pudiese comprar un abrigo de tanto precio, y Polikei entonces le enseñó el sobre en que llevaba los cuartos del jardinero, de modo que si quisiese podría comprarle toda la tienda, y exigió que le fuese probado el peludo. Entonces lo miró y remiró por todos lados, sopló en él

varias veces para probar la calidad del pelo, y finalmente se lo quitó lanzando un gran suspiro y diciendo: «El precio no me conviene… Si quieres, me lo quedo por quince rublos». Furioso, el comerciante arrojó el peludo sobre el mostrador, y Polikei salió escapado de la tienda. Satisfecho y cantando llegó a la casa donde se hospedaba. Después de haber cenado y de haber dado a Tambor el correspondiente pienso, Polikei se subió a la estufa, y allí sacó el sobre del jardinero, lo examinó por todos lados y pidió a un postillón que sabía leer que le descifrase los signos que tenía encima. En el sobre decía: «Van aquí incluidos mil seiscientos y diecisiete rublos, en billetes de banco». El sobre estaba hecho con papel ordinario, y los sellos eran todos de cera gris, llevando marcadas varias anclas: una muy grande en el centro y cuatro pequeñitas, una en cada punta; a un lado del sobre había una pequeña gota de cera. Ilitch lo examinó todo atentamente, aprendió de memoria la inscripción del sobre, y palpó emocionado los billetes de banco. Sentía una especie de placer infantil a la sola idea de que una tan grande cantidad de dinero estaba en sus manos. Metió finalmente el sobre dentro del forro de su gorro, se metió este bien adentro de la cabeza y se acostó para dormir… Durante la noche se despertó varias veces, y en medio de la oscuridad palpó si estaba el sobre en su sitio, siéndole extraordinariamente agradable la idea de que él, el siempre desgraciado Polikuchka, el humilde, el ofendido, el ladrón, tenía dentro de su gorro tantos billetes de banco que al día siguiente entregaría puntual y exactamente a su señora, tan puntual y exactamente como hubiese podido hacer el intendente mismo.

VIII. El desdichado Iluchka y su tío

A eso de la media noche, los dependientes del comerciante y el mismo Polikei fueron despertados por un gran golpe dado en la puerta cochera y por ruidosas voces de gente… Eran los reclutas de Pokrovskoie y sus acompañantes, en junto diez personas: Khoruschkine, Mitukhin e Ilia, el sobrino de Dutlov, y dos suplentes, por si acaso; iban además el viejo Dutlov, el *starosta* y los campesinos que guiaban las carretas. En la izba estaba encendido un pequeño velador, y la criada dormía en un banco, debajo mismo de los iconos; al oír el golpe dado en la puerta pegó un brinco y encendió corriendo una candela. Polikei se despertó también y echándose un poco fuera de la estufa se quedó mirando a los recién llegados. Todos se santiguaron y fueron sentándose en los bancos. Todos estaban igualmente tranquilos y animosos, al menos en apariencia, de manera que era bastante difícil averiguar quiénes de entre ellos fuesen los soldados. Saludaron a los de la casa, empezaron a hablar entre sí y finalmente pidieron de comer.

Mirándoles más despacio, bien se veía que algunos de ellos estaban tristes o pensativos; pero en cambio los había que demostraban una alegría exuberante, de modo que casi podía afirmarse que estarían un si es no es borrachos; entre estos últimos podemos muy bien poner a Iluchka, que hasta entonces no se sabía que se hubiese emborrachado jamás.

—Vamos a ver, hijos míos. ¿Queréis ahora cenar o dormir?—preguntó el *starosta*.

—¡Queremos cenar!—respondió Ilia, sacudiendo su rico peludo y sentándose en un banco.—¡Manda a buscar aguardiente!

—No, nada de aguardiente,—dijo el *starosta*, y dirigiéndose de nuevo a los demás, continuó:—Lo mejor será, hijos míos, que comamos un pedazo de pan… ¡Por qué diablos despertar ahora a esas gentes!

—Dame aguardiente,—repetía Iluchka sin mirar a nadie y en tono que demostraba bien que no estaba dispuesto a ceder.—Dame aguardiente…

Los demás, siguiendo el consejo del *starosta*, cogieron sendos trozos de pan del que llevaban y lo comieron con buen apetito, pidieron a la cocinera un poco de *kvass*, y después se tendieron para dormir unos sobre la estufa y otros sobre el suelo, donde pudieron.

Ilia iba repitiendo de vez en cuando: «Dame aguardiente… te digo que me des aguardiente… dame aguardiente…» De pronto distinguió a Polikei.

—¡Ilitch!… ¡Eh, Polikei Ilitch, tú aquí, querido amigo mío!… A mí me llevan soldado… Me he despedido ya de mi madre y de mi mujer… Oh, y cómo lloraban… Sobre todo, mi mujer, ¡cómo lloraba! Me han cogido para hacerme soldado… Paga, paga un poco de aguardiente.

—No tengo ningún dinero,—dijo Polikei; luego añadió, para consolarle: —Dios te ayudará, todavía puedes ser declarado inútil…

—¡Ah! no; querido. Soy recio como un roble; jamás he tenido la más pequeña enfermedad. ¿Cómo podría ser dado por inútil?… ¡El caso es que el zar necesita de los mejores soldados!

Polikei le contó entonces que, una vez, un campesino se hizo dar por inútil deslizando en las manos del médico un hermoso billete azul.

Ilia se acercó más a la estufa y empezó a charlar, a charlar…

—No, Ilitch, todo ha acabado ya para mí… Ni yo mismo quisiera ya ahora quedarme. Mi tío es quien ha tenido la culpa; ¿no hubiera podido comprar un sustituto? Pero no tiene amor más que a sus hijos y a su dinero… ¿Para eso me casaron?… Mas, ahora, ni yo mismo quisiera ya quedarme.—Iluchka hablaba tranquila y confidencialmente, bajo la influencia sin duda de una dulcísima tristeza.—Lo siento únicamente por mi madre; ¡qué pena la suya!… Y por mi mujer también, ¡la infeliz! He aquí cómo, por nada, han perdido a una mujer, pues ya puede ahora darse por perdida, como toda mu-

jer de soldado… No habernos casado era mejor. ¿Por qué me han casado?… Mañana vendrán aquí las dos…

—Pero, ¿por qué os han traído tan pronto?—preguntole Polikei.—Ahora mismo ni siquiera se hablaba de eso…

—Tienen miedo de que me escape o de que me cause algún daño para no servir,—dijo Ilia sonriendo;—pero, no hay peligro, no haré nada… Yo nada pierdo con ser soldado, únicamente lo siento por mi madre… y por mi mujer. ¿Por qué nos casaron?—iba repitiendo aún, dulce y tristemente.

Abriose de un golpe la puerta y apareció en la cocina el viejo Dutlov, calzados los pies con unos inmensos *lapti*, que más parecían verdaderos barcos, y sacudía fuertemente su gorro.

—¡Afanasi!—exclamó dirigiéndose al postillón de la casa, mientras se santiguaba,—¿tenéis una linterna? Quisiera dar un poco de avena a los caballos.

Dutlov procuraba no toparse con la mirada de Iluchka, y tranquilamente encendía un cabo de bujía. En su vestir y en toda su apariencia se notaba que había puesto gran cuidado, y su rostro aparecía, según costumbre, sosegado y frío, como de hombre que no se preocupa sino de lo que está haciendo.

Ilia apenas vio entrar a su tío se calló, bajó sombríamente los ojos, mirando… no sé qué, y empezó a hablar como antes, dirigiéndose al *starosta*.

—Dame aguardiente, Ermil. Quiero beber, beber mucho…—Su voz era ya ronca, como del hombre que está cercano a la cólera.

—Déjate de vino y de aguardiente ahora,—dijo el *starosta*.—Ya ves que todo el mundo ha comido ya y está durmiendo… Y tú, ¿por qué metes tanto ruido?—Las palabras «por qué metes tanto ruido» incitaron al joven a hacer efectivamente mucho ruido pues gritó:

—¡*Starosta*, dame aguardiente ahora mismo, o hago una desgracia!

—Haz que entre en razón,—dijo el *starosta* al viejo Dutlov, que había encendido ya su linterna y se había parado en mitad de la estancia para ver lo que sucedía, contemplando a su sobrino con profunda compasión y como admirado de sus salidas de tono.

Ilia, bajando al suelo la cabeza, dijo otra vez aún:

—Dame vino o aguardiente, pues, de lo contrario, digo que haré una desgracia.

—Basta, Iluchka,—le dijo dulcemente el *starosta*;—basta, será mejor para ti.

Pero no había aún acabado de decir estas palabras, que Ilia, pegando un gran brinco, dio un terrible puñetazo en la ventana, rompiendo todos sus cristales, mientras gritaba hecho una furia:

—¿No habéis querido escucharme? ¡Pues, tomad!…—y corrió hacia la segunda ventana para romperla también.

Ilitch, en menos tiempo del que se dice, dio asustado dos vueltas sobre sí mismo, buscando refugio entre los demás campesinos que estaban tendidos sobre la estufa.

El *starosta* se levantó y corrió hacia Ilia. Dutlov dejó sosegadamente la linterna en el suelo, se quitó el cinturón, movió a un lado y a otro la cabeza y se acercó también a Ilia, a quien el *starosta* y el postillón procuraban ya sujetar, impidiendo que se acercase a la ventana; pero apenas vio el joven que su tío se le acercaba, sus fuerzas redoblaron, logró desasirse y con los ojos en alto y cerrados los puños avanzó terriblemente hacia Dutlov.

—¡He de matarte!… ¡no te acerques, bárbaro! ¡Tú me has perdido, tú, con tus ladrones de hijos! ¿Por qué me casaste? ¡No te acerques, pues he de matarte!

Iluchka estaba terrible: encendido el rostro, extraviada la mirada, todo su joven y robusto cuerpo sacudido por un intenso temblor de fiebre. Parecía, en efecto, muy capaz de matar a los tres hombres que le rodeaban.

—¡Te estás bebiendo ahora la sangre de tu hermano!… ¡Vampiro!

Algo terrible iluminó de pronto el rostro del anciano, habitualmente sosegado y frío, y dijo:

—No has querido de buena gana…

No se sabe dónde halló el viejo fuerzas tan tremendas; con gesto rápido cogió a su sobrino por ambas muñecas y cayó con él rodando por el suelo; enseguida, con ayuda del *starosta*, empezó a atarle las manos, teniendo em-

pero que luchar con él más de cinco minutos. Por fin se levantó Dutlov, con ayuda de otros campesinos y arrancó las manos de Iluchka de su caftán, al que estaba el joven agarrado todavía. Después, él mismo levantó a su sobrino, las manos atadas a la espalda, y le sentó en un banco, en un rincón.

—¡Ya he dicho que sería peor!…—dijo sofocado por la lucha y los grandes esfuerzos que acababa de hacer y recogiendo del suelo el cinturón.—¿Por qué pecar? ¡Todos hemos de morir!—Después añadió, dirigiéndose al postillón:—Métele el caftán sobre la cabeza, pues podría coger ahora un resfriado… o una congestión.—Y tomando otra vez la linterna, salió de la cocina dirigiéndose a ver los caballos.

Iluchka, en desorden los cabellos y el vestido, pálido el rostro, casi sin aliento, giraba en torno la vista como si tratase de recordar lo que había pasado o dónde estaba.

El postillón recogió los trozos de vidrio y puso un gran peludo delante de la ventana para evitar que penetrase el aire en la cocina. El *starosta* fue a sentarse en su mismo sitio de antes, clamando:

—¡Eh!… Iluchka, Iluchka… Verdaderamente te compadezco; pero, ¿qué vamos a hacerle? Khoruschkine está casado también… La suerte lo quiere así.

—¡Mi tío tiene la culpa, es un bandido!—repetía Iluchka lleno de rabia.—Su dinero es lo que más ama. Mi madre me ha dicho que el intendente había dado orden de comprar un hombre para ponerlo en mi puesto; pero no ha querido. Dice que no tiene dinero… ¿Es acaso que mi padre y yo mismo no hemos trabajado en la casa?… ¡Es un mal hombre, un bandido!

Dutlov volvió a la cocina, se quitó pausadamente los abrigos y se sentó junto al *starosta*; la criada le sirvió por segunda vez un poco de *kvass*… Ilia se calló, cerró los ojos y medio se tendió sobre el banco. El *starosta* lo señaló al viejo con ademán compasivo, y movió tristemente la cabeza, sin decir palabra.

—¿Crees acaso que no le compadezco? Es el hijo de mi propio hermano. No tan solo le compadezco, sino que lloro por él, a pesar de que han logrado hacerme pasar por un mal hombre. Su mujer, no sé cómo, pues aunque joven es muy lista, le ha metido en la cabeza que teníamos bastante dinero

para comprarle un sustituto… Y ahora háceme el infeliz grandes reproches… ¡Lo siento muchísimo, pobre muchacho!…

—¡Oh, sí, es un buen muchacho!—añadió el *starosta*.

—Pero, yo no puedo con él… Mañana, cuando vuelva al pueblo, enviaré a Ignati… Su mujer quiere también venir.

—¡Bueno, envíalos!—dijo el *starosta*, que se levantó y se acomodó luego sobre la estufa, mientras murmuraba:—¿Qué es el dinero? ¡El dinero no es nada más que polvo!

—¡Pero, si lo tuviéramos, no lo tiraríamos por eso!—exclamó uno de los obreros del comerciante, levantando un poco la cabeza.

—¡Oh! el dinero, el dinero; ¡es causa de grandes pecados!—dijo el viejo Dutlov.—Nada hay en el mundo que sea causa de tantos pecados como el dinero… Así está escrito en los Evangelios.

—Es verdad,—añadió el postillón.—Un hombre me contó que una vez hubo un comerciante que había logrado reunir mucho, muchísimo dinero y no quería nunca separarse de él. Amaba de tal modo su dinero que se lo llevó a la tumba. Antes de morir, pidió que le pusiesen debajo de la cabeza, en el ataúd, un pequeño almohadón que tenía preparado, y nadie entendió lo que aquello era… Una vez enterrado el comerciante, sus hijos diéronse gran prisa en buscar el dinero, pero nadie lo halló en parte alguna. Entonces, uno de ellos pensó que podía hallarse tal vez en el almohadón que le pusieron debajo de la cabeza, en el ataúd… Se enteró del suceso el Emperador, y este permitió que se abriese la sepultura. ¿Y qué pensáis que hallaron?… En el almohadón no había nada; pero el ataúd estaba lleno, lleno enteramente de gusanos: ¡he aquí lo que hace el dinero!…

—Ya es sabido, ya es sabido,—murmuró el viejo Dutlov.—¡No hace más que grandes pecados!

Después de esto se levantó el anciano y se puso a orar, y luego de haber orado un buen rato se acercó a su sobrino y se quedó mirándole. El pobre dormía… Dutlov aflojó un poco sus vestidos y se tendió en el suelo para dormir.

IX. Polikei va acercándose a su desgracia

Cuando volvió todo a quedar en calma, Polikei, como un malhechor hiciera, descendió suavemente de la estufa y acabó de vestirse. No sabía por qué, pero sentía cierto miedo de pasar toda la noche con los reclutas. Ya los gallos cantando se respondían más frecuentemente los unos a los otros. Tambor se había comido ya toda su avena y buscaba cómo satisfacer su sed. Ilitch lo enganchó a la carreta y lo llevó fuera del establo. Palpose el gorro y halló intacto su contenido; pronto las ruedas de la carreta resonaron de nuevo sobre el helado camino de Pokrovskoie, y en cuanto hubo dejado atrás la ciudad, Polikei sintiose más tranquilo y más dueño de sí. Mientras no se vio en campo raso, a cada punto le parecía que iban a detenerle y que, las manos atadas a la espalda, a él, en vez de Ilia, era a quien llevaban a las oficinas de reclutamiento. Unas veces era el frío y otras veces era el miedo lo que hacía correr por todo su cuerpo grandes temblores, y entonces pegaba a Tambor para que andase más aprisa. La primera persona que halló en el camino fue un sacerdote, con un gran bonete de invierno, acompañado de un trabajador de muy mala catadura, y Polikei sintió todavía más fuertes temores, temores que a medida que se fue alejando más y más de la ciudad fueron disipándose.

Tambor iba al paso, y la claridad del día iba aumentando poco a poco. Se quitó el gorro y palpó otra vez su dinero. «¿Si me lo metiese en el bolsillo? pensó. Pero tendría que quitarme el cinturón; allá abajo me pararé un poco, y lo arreglaré… Aunque, como el forro del gorro está sólidamente cosido

por arriba y por abajo, no es fácil que se salga el sobre… y hasta fuera quizás mejor que no lo quitara del gorro hasta llegar a casa». Cuando Tambor sentía bajo sus patas las pendientes del camino, el pobre animal galopaba, y Polikei que, tanto como el mismo Tambor, deseaba llegar al pueblo, no le retenía lo más mínimo. Todo iba con el mayor orden, así al menos él se lo imaginaba, y se lanzó a forjar los más agradables ensueños: el reconocimiento de la señora por el servicio prestado, la cual le daría además cinco o seis rublos, pareciéndole también que veía ya la alegría de su mujer y de sus hijos.

Se quitó otra vez el gorro, palpó el precioso sobre, se lo metió de nuevo en la cabeza más adentro que antes, y se sonrió…

El peludo de su gorro estaba ya podrido, y precisamente porque la noche anterior Akulina habíalo recosido por los sitios rotos, se rompió por otro lado, y cuando, todavía en medio de la oscuridad, al hundirse el gorro en la cabeza pensó Polikei que metía aún más adentro el sobre en que iban los billetes, este sacó una de sus puntas a través del forro y se salió fuera. Llegadas las primeras horas de la mañana, Polikei, que apenas había dormido en toda la noche, se acomodó en el asiento de la carreta y se adormeció… mientras la punta del sobre iba saliendo cada vez más hacia fuera, y, durante el sueño, dio Polikuchka varias cabezadas contra la baranda de la carreta. Ya cerca del pueblo se despabiló y su primer movimiento fue llevarse la mano al gorro, y hallándolo sólidamente encasquetado aún no lo quiso examinar, bien seguro de que el sobre con el dinero se hallaba dentro del forro. Dio algunos golpes a Tambor para que acelerase el paso, arregló un poco su persona y tomó otra vez sus aires de importancia, mirando a todos lados con cierta cómica gravedad… «Allá está la cocina, más allá el pabellón de la servidumbre; por allí va la mujer del carpintero, llevando no sé qué en la mano… Más lejos se ve la oficina y detrás la casa de los señores, en donde se demostrará muy pronto que Polikei es un hombre honrado y seguro, a quien sin embargo todo el mundo ha podido calumniar… Y la señora dirá: ¡Muy bien, Polikei; toma para ti… tres… cinco… o quizás diez rublos! Y luego ordenará que me den una gran taza de té… o quizás aguardiente, que por cierto con el frío que hace no me vendría del todo mal! Con diez rublos vaya si nos recrearemos la próxima fiesta, y hasta podré comprar unas botas nuevas, y devolver a Nikita cuatro rublos y medio, con lo cual tal vez me deje en paz…». Apenas si le faltarían cien pasos para llegar a casa, cuando

Polikei se arregló otra vez el cinturón y maquinalmente se quitó el gorro, metiendo dentro la mano, sin precipitación ninguna, bien seguro de hallar el sobre con el dinero…

Pero la mano de Polikei se agitó nerviosamente, y tirando las riendas metió también la otra mano dentro, mientras su rostro palidecía horrorosamente y un frío de muerte corría a través de su espinazo… y entonces una de sus manos salió por la otra parte del gorro. Polikei cayó de rodillas dentro de la carreta, paró el caballo y empezó febrilmente a registrarlo todo, el heno, las compras que llevaba, todos sus bolsillos… El dinero no parecía.

—¡Por mis abuelos!… ¿Qué es esto?… ¿Qué es lo que va a suceder?—gimió el pobre mesándose los cabellos. Y recordando de pronto que podían verle de aquel modo, obligó a Tambor a volver sobre sus pasos, se hundió otra vez el gorro en la cabeza y lanzó el caballo carretera abajo, al cual extrañó y disgustó esta maniobra. «No me agrada ir con Polikei, pensaría el pobre animal; una vez en su vida me ha dado a tiempo el pienso, y ha sido tan solo para jugarme luego una mala pasada. He corrido lo más posible para llegar pronto a casa; estoy ahora cansado, y apenas empezaba a oler el excelente heno de mis pesebres, he aquí que me obliga el mal hombre a volver grupas…»

—¡Corre! ¡bestia del diablo!…—gritaba Polikei, a través de sus lágrimas, de pie en la carreta, tirando con fuerza de las riendas y pegando brutalmente al mísero Tambor.

X. Llega Polikei al final de su desgracia

Durante todo el día, nadie en Pokrovskoie vio a Polikei. La señora preguntó por él varias veces después de comer, y la corredora Axutka iba cada vez a casa de Akulina, y cada vez contestaba Akulina que su marido no había vuelto aún, que sin duda el jardinero le había entretenido o que quizás le había pasado algo al caballo. «Tal vez se ha puesto cojo, como la última vez que salió. Maxim estuvo todo un día desde la ciudad al pueblo y tuvo que hacer todo el viaje a pie». Y Axutka dirigía de nuevo sus balancines hacia *arriba*, y de nuevo volvía Akulina a forjarse otras causas que explicasen el retraso de su marido, tratando en vano de tranquilizarse. Su corazón se iba entristeciendo y no hacía ninguna clase de preparativos para la fiesta de mañana, que un momento creyó sería la más feliz de su vida. Y aumentaba todavía su tormento el hecho de que la mujer del carpintero afirmaba que había visto por la mañana «un hombre, lo mismo, lo mismo que Polikuchka, y que al estar ya muy cerca del pueblo volvió grupas y se alejó de nuevo».

Los niños estaban también impacientes por el retorno de su padre, pero por causas muy distintas. Anutka y Machka no podían hacer uso del peludo para salir a la calle, lo que hacían por turno, y así quedaban condenadas a permanecer en casa, donde metían un ruido infernal, corriendo y atrapándose la una a la otra, con lo que molestaban no poco a los vecinos del pabellón que entraban o salían; una vez Machka tropezó con la mujer del carpintero que venía de buscar agua y, aunque enseguida se puso a chillar desaforadamente, no le impidió esto recibir algunos golpes de la iracunda mujer, con

lo cual lloró todavía más fuerte. Cuando no se topaba con nadie, se subía como un gato encima de la estufa… Solamente la señora y Akulina se inquietaban seriamente por la tardanza de Polikei, por Polikei mismo, pues los niños lo que echaban de menos eran las cosas que sin duda traería de la ciudad. Cuando aquella tarde daba Egor Mikhailovitch cuenta a la señora de los asuntos de la casa, al preguntarle si Polikei no había vuelto todavía y dónde podría hallarse a aquellas horas, el intendente sonrió y dijo estas solas palabras: «Yo no lo puedo saber», pero se veía claramente que estaba satisfecho de que se fueran justificando sus suposiciones, y después de una pausa añadió dándose importancia: «Llegará probablemente esta noche».

Durante todo el día, nadie en Pokrovskoie supo nada de Polikei. Muy tarde ya, se dijo solamente que unos campesinos le habían visto corriendo por la carretera, sin gorro en la cabeza y preguntando a todo el mundo «si habían hallado la carta». Otro dijo también que le había visto como durmiendo sentado al borde del camino, junto al caballo y la carreta, añadiendo: «Me ha parecido que estaba borracho y que el caballo no había comido ni bebido desde hacía lo menos dos días». Akulina no durmió en toda la noche, escuchando siempre si oiría los pasos de Polikei; pero tampoco llegó Polikei durante toda la noche. Si hubiera estado sola o hubiese tenido quien la sirviera, Akulina se sintiera aún más desgraciada, más triste, pues la hubiera dominado más el dolor; pero apenas hubieron los gallos cantado por la tercera vez, cuando se levantó la mujer del carpintero, y hubo de levantarse también Akulina y dirigirse como todas las demás a la estufa. Era día de fiesta, y era preciso sacar el pan antes que llegase el día, preparar el desayuno, muñir la vaca, recoser las ropas y las camisas, levantar de la cama a los pequeñuelos, traer agua para los quehaceres domésticos y no permitir que la vecina ocupase ella sola toda la estufa.

Akulina, sin dejar de escuchar y de atender los menores ruidos, empezó sus faenas cotidianas. Llegó con toda su claridad el día, y empezaron a tocar las campanas de las iglesias. Los niños estaban ya todos levantados, y Polikei no había vuelto todavía. La víspera había helado, y la nieve cubría desigualmente los campos, los caminos y los techos de las casas; pero aquel día, como si lo hiciera expresamente por ser fiesta, presentábase hermosísimo, con un sol espléndido y una atmósfera pura y transparente, aunque bastante fría, de manera que se podía ver y oír desde muy lejos…

De allí a poco, un momento en que Akulina estaba más absorta que nunca en sus faenas, junto a la estufa, entró Polikei; pero entró de tal modo, que ella ni se percató siquiera, y solamente lo adivinó al oír los gritos y grandes exclamaciones de sus hijos.

Anutka, la mayor, se engrasaba los cabellos, en lo que empleó una buena parte de una candela de sebo, y se estaba vistiendo sola; se ponía una especie de bata de algodón, de color rosa, regalo de la señora, y aunque no le venía bien del todo, se mostraba muy orgullosa la niña y excitaba la envidia de sus vecinas… Machka andaba todavía en camisa, y muy sucia, de suerte que su hermana no la dejaba acercarse por miedo de que la manchara. Machka estaba precisamente cerca de la puerta cuando entró su padre con un gran paquete, y al verle se puso a gritar: «¡Padre ha llegado!» y corriendo echose sobre Anutka, la cual, sin miedo ya de ensuciarse el vestido, se puso a pegar brutalmente a la niña… Pero Akulina no podía en aquel momento dejar la estufa, y se limitó a gritar: «¡Basta! ¡He de azotaros a todos!» y clavó ansiosamente la mirada en la puerta. Ilitch entraba en aquel momento y se metía enseguida en su *rincón*. Pareció a Akulina que estaba su marido muy pálido y que su rostro tenía apariencias de haber llorado, al par que se dibujaba en sus labios una extraña sonrisa… pero apenas si tuvo tiempo Akulina de fijarse en ello.

—Ilitch, ¿marcha bien todo?—le preguntó sin moverse de la estufa.

El pobre Polikei murmuró algunas palabras que ella no entendió.

—¿Cómo?—exclamó Akulina—¿has visto ya a la señora?

Ilitch se sentó sobre el lecho, y empezó a mirar en torno suyo, como si le extrañase lo que veía, y sonriendo con su especial sonrisa de hombre bueno y culpable; así se pasó un buen rato sin que dijese nada.

—Dime, Ilitch; ¿por qué has tardado tanto?—le preguntó de nuevo Akulina.

—¡Oh! Akulina, he dado ya todo el dinero a la señora… ¡Si vieras con qué efusión me ha dado las gracias!—dijo de pronto, como si fuera una lección aprendida. Y de nuevo se puso a mirar con profunda inquietud en torno suyo, y sonriendo como antes. Dos objetos atraían particularmente sus miradas, en que brillaba la fiebre: el pequeñuelo que estaba en la cuna y unas cuerdas que había encima de la cama. Polikei se acercó a la cunita y se que-

dó un momento contemplando al niño; luego cogió las cuerdas y se puso a desenredarlas… En aquel momento entró Akulina con el pan, y Polikei metiose rápidamente las cuerdas en el bolsillo y se sentó otra vez sobre el lecho.

—¿Qué te pasa, Polikei?… Diríase que no te sientes bien…

—Es que no he dormido,—dijo el pobre hombre.

De pronto algo pasó veloz por delante de la ventana y poco después entró como una flecha la doncella de *arriba*, Axutka.

—La señora ordena a Polikei Ilitch que se venga inmediatamente,—dijo. —Audotia Nicolaievna dice que sea inmediatamente…

Polikei miró a su mujer y luego a la doncella.

—¿Qué se le ofrece todavía?… ¡Voy enseguida!—dijo con tanta naturalidad que no despertó en Akulina la menor sospecha, de modo que esta pensó: «Querrá sin duda darle alguna recompensa».

—Dile que voy inmediatamente,—y diciendo esto Polikei se levantó y salió.

Akulina tomó un pequeño cubo, lo llenó casi de agua, le añadió una poca más de agua calentada en la estufa, se arremangó los brazos y probó con la punta de los dedos cómo estaba el agua.

—Ven, Machka, voy a lavarte.

Al oír esto la pequeñuela se puso a chillar.

—Ven, tontuela, después te pondré una camisa limpia. Vamos, basta de historias… Ven, que luego he de lavar todavía a tus hermanos.

Mientras tanto Polikei no seguía a la doncella de *arriba*, para ir a ver a la señora, sino que se dirigió hacia muy opuesto lado.

En el vestíbulo de la izba había junto a la pared una escalera muy recta que conducía al granero. Polikei, una vez fuera, miró en torno para ver si había alguien por allí, y, no viendo a nadie, subió rápidamente la escalera…

—¿Qué significa esto?… No viene Polikei…—decía la señora con cierta inquietud dirigiéndose a Duniacha que estaba peinándola.—¿Dónde se ha metido ese hombre, por qué no viene?

Axutka de nuevo corrió a la izba de los criados y de nuevo entró en casa de Polikei como una bomba, diciendo que fuese Ilitch inmediatamente *arriba*, pues la señora lo mandaba.

—Pero, si hace ya gran rato que ha salido,—contestó Akulina, quien después de haber lavado y arreglado a Machka acababa de meter en el baño a su pequeñuelo, y a pesar de sus grandes chillidos le estaba lavando la cabeza… El niño gritaba y, haciendo las muecas más horrorosas, agitaba sus manecitas como si quisiese agarrarse a algo; con una mano Akulina lo tenía en alto y con la otra le iba lavando.

—Anda, mira, que no se haya quedado dormido en algún rincón,—dijo Akulina, ya lleno el corazón de sobresalto.

En este momento la mujer del carpintero, a medio vestir y sin peinar todavía, subió al granero para recoger la ropa que tenía allí a secar. De pronto, estalló en el granero un grito horroroso, y la mujer del carpintero, como una loca, cerrados los ojos y de espaldas, más que bajaba, rodaba escaleras abajo, gritando:

—¡Ilitch… allá arriba… se ha ahorcado!…

Al primer grito, Akulina se levantó, y sin ver que al dejar al pequeñuelo este rodaba como una pelota cayendo de cabeza al agua, con peligro de ahogarse, se lanzó fuera, topándose con la mujer del carpintero, que gritaba todavía:

—¡Se ha ahorcado… allá arriba!

Akulina empezó a subir la escalera, sin que nadie la pudiera detener; pero antes de llegar arriba lanzó un grito horrible y lo mismo que un cadáver se cayó escalera abajo, matándose seguramente si no la reciben en sus brazos algunos hombres que habían ya acudido.

XI. Polikei se lleva a su hijo pequeño

Durante algunos minutos fue imposible que nadie se entendiera en medio de aquella confusión general. La multitud que había acudido era enorme, y solamente entonces se podía dar uno cuenta de que vivían realmente a montones en el «pabellón». Todos hablaban y gritaban a un tiempo, mientras los niños y las viejas lloraban. Akulina estaba desvanecida aún. Por fin, el intendente y el carpintero, que habían también acudido, subieron al granero, mientras la carpintera contaba por la vigésima vez de qué modo «sin pensar en nada», había subido al granero para recoger su ropa que estaba allí a secar y cómo vio de pronto un hombre… «Miro, y era Ilitch, el gorro de través, y sin tocar sus pies el suelo, balanceándose… Un frío horrible corre por todo mi cuerpo… ¿Es posible? ¡Un hombre se ha ahorcado y yo lo he de ver! Cuando caí escaleras abajo, con riesgo de matarme, ni yo misma lo recordaba ya bien, tan horrible era la cosa. Pero Dios me ha salvado; ¡puedo decir que Dios me ha protegido!». Los varios hombres que se habían atrevido a subir contaban la misma cosa: Ilitch, en camisa y pantalones, se había colgado a una viga con las cuerdas que había cogido en su *rincón*. El gorro le caía a un lado; se había quitado el caftán y demás abrigos dejándolos bien plegados allí cerca. Las puntas de sus pies casi tocaban el suelo, pero no daba ya la menor señal de vida. Akulina, ya vuelta en sí, quiso subir de nuevo la escalera, pero la retuvieron…

—¡Madrecita, Siomka se ha ahogado!—gritó de pronto desde la puerta de su casa la pequeñuela ceceante.

Akulina se dirigió allí corriendo. El niño, inmóvil, estaba en el fondo del agua, sin dar señales de vida. La pobre mujer lo cogió con presteza, pero el niño ya no respiraba, ni movía uno solo de sus músculos… Akulina lo tiró sobre el lecho y apoyándose en las dos manos rompió a reír tan horrorosamente que Machka, que se había puesto a chillar, se tapó las orejas y llorando corrió hacia la calle. La gente gritaba, lloraba, y muchos penetraban azorados en casa de Polikei… Alguien sacó fuera el niño ahogado, y empezaron a frotarlo, pero todo fue inútil… Akulina, tendida sobre el lecho, lanzaba tales carcajadas que cuantos llegaban a oírla quedaban horrorizados…

Todo el mundo iba y venía, hablaba a un tiempo, lloraba o gritaba, pero nadie hacía nada. La mujer del carpintero encontraba siempre alguien que no había aún oído su historia y de nuevo contaba cómo se había profundamente afectado su sensibilidad con tan extraordinario espectáculo y cómo la había Dios salvado de una caída mortal en la escalera. El viejo cocinero, a medio vestir, contaba también cómo, en tiempos del antiguo señor, una mujer se había ahogado en el estanque. El mayordomo envió a buscar al policía del punto más próximo y al sacerdote y dispuso al pie del granero una guardia. Axutka, la corredora doncella de arriba, se quedó mirando hacia el granero y, aunque nada veía, se estaba allí como clavada, sin pensar en ir a dar parte de lo ocurrido a la señora. Agafia Mikhailovna, la doncella de la antigua señora, iba pidiendo té para calmar sus nervios y sollozaba amargamente, mientras la vieja Ana, con sus regordetas manos impregnadas de aceite de olivas, arreglaba sobre la mesa el cuerpo del pobrecito niño ahogado.

Algunas mujeres se habían quedado en torno de Akulina y la contemplaban en silencio. Los niños se apretaron contra uno de los rincones de la estancia, y primero chillaban, pero después se callaron y mirando a su madre se apretaron todavía más los unos contra los otros. Algunos chicuelos y campesinos miraban por la puerta o a través de la ventana, y sin comprender lo que pasaba se lo preguntaban a alguno, el cual, ignorándolo también, contestaba que el carpintero de un hachazo había roto la pierna a su mujer, o bien que la planchadora había dado a luz nada menos que tres niños, o bien que la gata del cocinero, rabiosa, había mordido a varias gentes. Pero, poco a poco, fue circulando la verdad de lo ocurrido, y al fin llegó a oídos de la señora, y aún parece que nadie se cuidó de prepararla. El brutal de Egor Mikhailovitch le contó el hecho sin atenuaciones de ninguna clase, hacien-

do en los nervios de la señora tanto efecto que le costó muchísimo ponerse sobre sí…

La multitud comenzaba a calmarse. La mujer del carpintero encendió el samovar y empezó a repartir tazas de té; pero los extraños a la casa, a quienes no se les ofrecía té, hallaron poco conveniente permanecer allí por más tiempo y, unos tras otros, empezaban ya a desfilar. Los muchachos jugaban y se pegaban en el mismo dintel de la puerta. Todo el mundo sabía ya lo que había sucedido, y santiguándose se iban dispersando, cuando se oyeron gritos de: «¡La señora! ¡la señora!» y callando todos de pronto se hicieron a un lado para dejarle libre el paso, queriendo todos ver lo que iba a hacer allí la señora. La señora, llorando y extremadamente pálida, penetró primero en el vestíbulo y enseguida puso despacio los pies en el triste albergue de Akulina. Multitud de cabezas se apretaban unas contra otras y se adelantaban a la vez para ver lo que pasaba dentro. Una mujer embarazada se halló en tales apreturas que se puso a chillar y de esta suerte logró ponerse en primera fila… ¿Quién no había de sentir deseos de ver a la señora en el *rincón* de Akulina? Para esa muchedumbre de siervos, venía a ser aquello lo mismo que un castillo de fuegos de artificio al final de las fiestas. Y era la señora realmente, con sus sedas y sus puntillas, la que había penetrado por la puerta de la desgraciada Akulina… La señora se acercó a la pobre infeliz y le tomó con gran cariño una mano. Akulina la retiró bruscamente, ante lo cual los campesinos menearon todos la cabeza en signo de desaprobación.

—Akulina, tienes hijos… ¡ten piedad de ellos!—hizo la señora.

Akulina estalló en la más irrespetuosa carcajada y se levantó de la cama donde estaba aún echada.

—¡Mis hijos son todos de plata!… ¡todos de plata!… Papeles yo no tengo ninguno…—murmuró la pobre precipitadamente—Yo se lo decía a Ilitch: no tomes nunca papeles, y ya lo veis… Le han untado con alquitrán, bien untado… Con alquitrán y con jabón, señora… ahora sí que todos sus piojos, todos sus piojos, mientras uno quede, se marcharán más que deprisa, señora…—Y de nuevo se echó a reír estruendosamente.

La señora se volvió llena de pena y mandó que fueran a buscar al enfermero y de paso unas buenas mostazas.

—Dadle agua fría…—añadió; y ella misma se puso a buscarla por la estancia; en esto vio el lamentable cadáver del pobre niño… Y entonces pudo ver la multitud cómo la señora volvía a otro lado la dolorida mirada y se enjugaba los llorosos ojos con el bordado pañuelo, mientras la vieja Ana cubría el yerto cuerpecito con un trapo para que la señora no lo viera, aunque tan buena acción pasó desapercibida a la señora, a pesar de que por ella únicamente lo hiciera, dando pruebas de su excelente corazón. Pero la señora no se percató de nada de eso, ni podía percatarse, pues no hacía más que llorar, presa de una violenta crisis nerviosa. Alguien la tomó por el brazo y la llevó fuera de la estancia… «No podía hacer más», pensaron muchos, y de este modo fueron desfilando poco a poco, metiéndose cada cual en su casa.

Akulina continuaba riendo a más y mejor y delirando. La llevaron a otro cuarto, le aplicaron sangrías, le pusieron sinapismos y finalmente hielo en la cabeza. Pero ella continuaba sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo, ni de lo que había sucedido… No lloraba, no hacía más que reír, y reía de tal modo y decía y hacía unas cosas tan extravagantes que las buenas gentes que se habían quedado a cuidar de ella no sabían estarse de reír también.

XII. La noche de Polikei Ilitch

No se pasó muy alegre la fiesta en Pokrovskoie. Aunque el día fue hermosísimo, no salió la gente a divertirse; las muchachas no se reunieron para cantar sus canciones; ni los jóvenes, ni los trabajadores que acudían de los pueblos cercanos, se atrevían como otras veces a tocar el acordeón ni la *balalaika*, ni buscaban el modo de trabar agradables juegos o pasatiempos con las muchachas. Todos se quedaban recluidos en sus propias casas, y si acaso hablaban hacíanlo en voz baja, lo mismo que si un espíritu malhechor, presente en la tierra, les pudiese oír. Durante el día, mientras la luz del sol brilló, menos mal; pero al atardecer, al ser la noche llegada, empezaron los perros a ladrar lúgubremente y, como si lo hiciera a postas, se levantó un furioso viento que empezó a silbar con furia chimeneas abajo. Los habitantes todos del pueblo fueron presa de un horror tan grande, que cuantos poseían cirios benditos encendiéronlos delante de las sagradas imágenes… Si alguno se hallaba solo en su casa, se iba a pedir hospitalidad a casa de un vecino, siquiera por aquella noche, con la mira de estar más acompañado; el que tenía necesidad de salir fuera o de ir al establo, dejaba de hacerlo, pensando que por una noche no se morirían los animales de hambre; y el agua bendita, que cada uno guardaba en su casa, fue empleada en abundancia aquella terrible noche, durante la cual no fueron pocos los que oyeron cómo alguien andaba pesadamente por el trágico granero, y hasta el forjador dijo haber visto una especie de serpiente voladora atravesar varias veces los aires por aquel siniestro lugar. En el *rincón* de Polikei no había quedado nadie… Los niños y la pobre loca habían sido llevados a otra parte; en su casa no quedó más que el niño muerto y dos ancianas mujeres que lo velaban, acompañadas de una devota peregrina que se había ofrecido para leer los

salmos… no por la muerte del pequeñuelo, sino por la causa de tantas desdichas, cumpliéndose así los deseos de la señora. Esa peregrina y las dos ancianas mujeres oyeron también, al final de una de las veinte partes de los salmos, cómo arriba en el granero temblaban las vigas y cómo cruzaban los aires hondos gemidos… Suerte que leyeron entonces el salmo «Dios resucitará» y todo volvió a quedar en calma. La mujer del carpintero hizo venir a su casa a una parienta y juntas se bebieron las dos, sin duda ninguna, todo el té que había comprado para la semana. También ella oyó varias veces arriba, en el granero, cómo temblaban las vigas y cómo voces quejumbrosas cruzaban los aires… Los campesinos que estaban de guardia junto al granero daban algún ánimo a los pobres habitantes del «pabellón», de lo contrario aquella noche mueren todos de miedo.

Los dos guardianes se estaban al pie del granero, sentados sobre un montón de heno, y ya por la mañana confesaron que algo prodigioso se había oído por allá arriba; pero en realidad se estuvieron tranquilamente toda la noche hablando de la recluta, de las cosechas, del frío que hacía, y comiendo pan y bebiendo té, llenando aquel sitio con el pestífero hedor de sus personas, de manera que al pasar por delante de ellos la mujer del carpintero, escupió al suelo despreciativamente y les llamó «sucios mujiks». Como quiera que fuese, el ahorcado estaba aún en el granero, y el espíritu del mal pareció que aquella noche cubría con sus alas gigantescas el pabellón, poniéndose más cerca que nunca de esas pobres gentes, para darles alguna prueba de su inmenso poder.

Al menos era esto lo que todo el mundo sentía… No sé si era exacto, yo pienso que no. Yo pienso que si algún atrevido hubiese aquella noche tomado una linterna y haciendo la señal de la cruz, y aun sin hacerla, hubiese subido al granero, y con la claridad de la luz que llevase en la mano hubiese ido suavemente apartando los horrores de la noche, iluminando el suelo y las vigas y la techumbre del granero, lleno de telas de araña, y si avanzándose luego hacia Ilitch hasta tocarle, conservando la serenidad del corazón y la sangre fría, hubiese levantado la luz a la altura de su rostro, viera inerte el cuerpo del pobre hombre, flaco y lívido, apoyando los pies en el suelo, pues la cuerda se había aflojado un poco y el cuerpo se había inclinado, sin señal ninguna de vida, el cuello de la camisa desabrochado, bajo la cual no se veía cruz ni medalla alguna, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con su rostro de siempre, expresivo de su bondad, con su sonrisa singular como de

hombre dulce, débil y culpable y con sus pobres ojos mirando sin ver… todo en medio del más profundo y más tranquilo silencio. En realidad, la mujer del carpintero, que se metía cabeza y todo dentro de la cama, clamando que había oído moverse los sacos del granero, deshecho el pelo y llenos de horror los ojos, era mucho más terrible y de aspecto mucho más espantoso que el mismo Ilitch…

Arriba, esto es, en casa de la señora, reinaba el mismo terror que en el pabellón de la servidumbre. El cuarto de la señora estaba lleno de olor de agua de colonia y de ungüentos y de perfumes; Duniacha estaba haciendo fundir un pedazo de cera y preparaba un cerato. Para qué había de servir este cerato, yo no lo sé; sé únicamente que siempre que se hallaba indispuesta la señora se hacía esta preparación.

Y en realidad, en la ocasión presente, más que indispuesta, se hallaba la señora casi enferma de veras. La tía de Duniacha había ido a pasar con ella la noche para darle algún valor, hallándose todas reunidas en el cuarto de las criadas, junto al de la señora, y hablaban poco y en voz baja.

—¿Quién irá a buscar el aceite?—preguntó Duniacha.

—¡Yo no iré, no iré por nada del mundo!—exclamó la segunda doncella.

—¿Qué dices?… Ve con Axutka,—dijo Duniacha.

—Ya iré yo sola, yo no tengo miedo de nada… de nada,—dijo Axutka, y apenas lo había dicho, que tenía ya miedo de todo y temblaba de pies a cabeza.

—Anda, pues, ya que eres la más atrevida; pide a la vieja Ana que te dé un vaso de aceite, pero al volver ten mucho cuidado en no tirarlo,—acabó diciendo Duniacha.

Axutka se cogió las faldas con una mano, y no pudiendo balancear los dos brazos a la vez, balanceó el que le quedaba libre con fuerza doble y echó a correr… cerrados los ojos, pues conocía perfectamente el camino y sentía dentro de sí misma que si topaba con quien quiera que fuese, su propia madre viva aún, en el acto se moría de miedo.

XIII. La desgracia de Polikei y la suerte de Dutlov

De pronto, oyó Axutka, casi en sus mismos oídos, la voz ronca de un hombre que decía:

—¿La señora, duerme o no?

Abrió los ojos la doncella y se halló delante de un hombre que le pareció más grande que todo el pabellón junto. Lanzó un grito y volvió sobre sus pasos, tan rápidamente que las faldas parecían volar materialmente, y casi de un salto se plantó en el cuarto de las criadas como tenía por costumbre entrar en todas partes, como un huracán, y lanzando un grito salvaje se tiró sobre el lecho.

Duniacha, su tía y la otra doncella por poco se mueren de miedo, y no habían siquiera tenido tiempo de reponerse, que oyeron ya unos pasos lentos y pesados, primero en el corredor y después junto a la misma puerta. Duniacha corrió hacia el cuarto de la señora, dejando caer al suelo el cerato que preparaba, mientras la otra doncella procuraba esconderse tras algunas ropas que estaban colgadas en la pared. La tía, queriendo parecer más valiente, fue a cerrar la puerta, pero la puerta se abrió de par en par y entró en la estancia un hombre. Era el propio Dutlov, con sus grandes barcazas en los pies. Sin preocuparse del miedo causado a las doncellas, buscó con los ojos el sagrado icono, y no viéndolo en parte alguna, se santiguó devotamente inclinado hacia la izquierda, donde había un aparador con gran número de platos y tazas, dejó el gorro en el reborde de la ventana, y hundiendo la

mano en la faltriquera de su peludo, muy adentro como si se quisiese rascar el costado, sacó al fin la carta con los cinco sellos de cera marcados con cinco anclas…

La tía de Duniacha podía apenas contenerse la respiración, y con mucho trabajo pudo al fin pronunciar:

—¡Ah! ¿Eres tú?… Me has asustado, Naomitch… Apenas me sostienen las piernas… Creí que había llegado el fin…

—Vaya una manera de entrar,—añadió la segunda doncella saliendo de entre las ropas que le habían servido de refugio.

—Habéis asustado también a la señora,—dijo Duniacha apareciendo en la puerta.—¿Cómo te permites entrar aquí sin hacerte anunciar? ¡Bestia de mujik!

Dutlov, sin buscar excusa de ninguna clase, dijo que le era preciso absolutamente ver a la señora.

—¡Está enferma!—exclamó Duniacha.

En aquel punto, Axutka se echó a reír tan estrepitosamente que de nuevo hubo de tenderse en la cama para ahogar su risa, y, a pesar de las amonestaciones de Duniacha y de su tía, no podía retener la estruendosa risa apenas levantaba la cabeza, como si algo fuese a romperse en su pecho cubierto por el rojo corpiño o bien en sus mejillas más rojas todavía. Parecíale cosa tan extravagante que se hubiesen todas asustado de aquel modo, que no paraba de reír, agitado todo el cuerpo por grandes convulsiones.

Dutlov se paró un momento, se la quedó mirando con atención, como si quisiese darse cuenta de lo que le pasaba a la muchacha, pero no logrando comprender nada, se volvió y continuó su discurso.

—He dicho que se trata de un asunto muy importante. Decid solamente a la señora que Dutlov ha encontrado la carta con el dinero…

—¿Qué dinero?

Duniacha, antes de entrar en el cuarto de la señora, leyó el sobre y preguntó a Dutlov dónde y cómo había hallado ese dinero que el día anterior debió Ilitch haber traído de la ciudad. Bien enterada de todos esos detalles, Duniacha empezó por arrojar fuera del cuarto a Axutka, que no cesaba de

reír, y entró finalmente a ver a la señora… Pero con gran extrañeza de Dutlov, la señora no quiso recibirle y no dio explicación ninguna de esto a la doncella.

«Nada sé y nada quiero saber,—había dicho la señora.—Que no me hablen de dinero, ni de nada; no puedo ni quiero ver a nadie… Que me dejen en paz».

—¿Qué hago yo de esto?—decía Dutlov, volviendo de un lado a otro el precioso sobre.—¡Y esto dista muchísimo de ser *nada*!… ¿Qué dice ahí encima?—preguntó a Duniacha, quien de nuevo leyó la dirección con el nombre de la señora y la cantidad que el sobre contenía.

Dutlov no daba crédito a lo que veía, y un momento pasó por su imaginación la idea de que ese dinero no era de la señora, que sin duda habrían leído mal las señas. Pero Duniacha se las volvió a leer otra vez… y entonces suspirando tomó el sobre, con gran tiento lo metió en su faltriquera y se dispuso a salir diciendo:

—No habrá más remedio que hacer entrega de esto a la autoridad…

—Aguarda, lo intentaré otra vez; dame el sobre,—exclamó Duniacha deteniéndole, mientras contemplaba cómo desaparecía el sobre en la faltriquera del campesino.

—Dile que es Dutlov quien ha encontrado el sobre en medio del camino.

—Sí, dame…

—Yo creí que era una carta ordinaria, pero un soldado ha leído el sobre y me ha dicho que había dinero dentro…

—Sí; pero, dame, dame…

—Yo no me hubiera atrevido a venir… a estas horas…—dijo todavía Dutlov sin soltar el sobre.—Repetidlo a la señora como os he dicho.

Duniacha tomó el sobre y volvió al cuarto de la señora.

—¡Ay, Dios mío, Duniacha!—dijo la señora en tono de reproche.—No me hables de ese dinero. En cuanto me acuerdo de aquel pobre…

—El campesino, señora, no sabe a quién ha de entregarlo,—insistió Duniacha.

La señora abrió el sobre, se estremeció al ver el dinero y quedose pensativa.

—¡Dinero terrible! ¡Cuánto mal causa!—dijo.

—Es Dutlov, señora. ¿Mandáis que se vaya, o queréis salir a verle? ¿Está todo el dinero?—preguntó Duniacha.

—No quiero ese dinero. Es un dinero horrible. ¡Lo que ha hecho! Dile que se lo quede, si quiere,—dijo de pronto la señora, buscando la mano de Duniacha.—Sí, sí, sí,—repitió a la asombrada doncella;—que se lo lleve todo y haga con él lo que quiera.

—Mil quinientos rublos,—observó Duniacha sonriendo levemente, como se sonríe a un niño.

—Que se lo lleve todo,—repitió con impaciencia la señora.—¿No me entiendes? Ese dinero es de mal agüero; no vuelvas a hablarme de él nunca. Que se lo quede el campesino que lo ha encontrado. ¡Anda, vete!

Duniacha volvió al cuarto de las criadas.

—¿Está todo?—preguntó Dutlov.

—Cuéntalo tú mismo,—dijo Duniacha dándole el sobre;—la señora manda que te lo quedes.

Dutlov se puso el gorro bajo el brazo y, inclinándose, empezó a contar.

—¿No hay recibos?

—¡Ya lo contarás en tu casa! ¡Es para ti! ¡Es tuyo el dinero!—dijo Duniacha, enfadada.—«No quiero verlo, ha dicho; dáselo al que lo trajo».

Dutlov, sin enderezarse, clavó los ojos en Duniacha.

La tía de Duniacha levantó los brazos al cielo.

—¡Madre mía! ¡Qué suerte te ha dado Dios! ¡Madre mía!

La otra criada no quería creerlo.

—¿Bromeáis, Audotia Nicolaievna?

—¡Qué he de bromear! Ha mandado que se lo diera al campesino… Vamos, toma tu dinero y vete,—dijo Duniacha sin ocultar su disgusto.—A unos la desgracia, a otros la fortuna.

—¡Mil quinientos rublos! ¿Es posible?—dijo la tía.

—Y más todavía,—afirmó Duniacha.—Bueno; pon un cirio de diez *kopeks* a San Nicolás,—añadió burlonamente.—¿Qué? ¿No vuelves en ti? ¡Y todavía si fuera para un pobre!… Pero este ya tiene dinero de sobra.

Dutlov comprendió por fin que no se trataba de una broma.

—Mirad, no vuelve en sí; se ha quedado atontado de alegría,—dijo Duniacha, dando a entender que despreciaba tanto al campesino como al dinero.—Dame, que te lo guardaré.

E hizo ademán de coger el dinero; pero Dutlov no se lo permitió: estrujó los billetes, los metió todavía más adentro y cogió su gorro.

—¿Estás contento?

—¡No sé qué decir! Así es…

Sonó la campanilla en el cuarto de la señora.

—¿Se lo has dado?

—Sí, señora.

—¿Y qué? ¿Está muy contento?

—Está como loco.

—¡Ah! Llámale; quiero preguntarle cómo lo ha encontrado. Llámale aquí; yo no puedo salir.

Duniacha corrió en busca del campesino y le encontró en el zaguán. Sin haberse puesto el gorro, había sacado su bolsa y, encorvado, la estaba desatando, con los billetes entre los dientes. Sin duda le parecía que, mientras el dinero no estuviese en la bolsa, no era suyo. Cuando Duniacha le llamó, se asustó.

—¿Qué hay, Audotia… Audotia Nicolaievna? ¿Es que me quiere quitar el dinero? Interceded por mí, y yo os juro que he de traeros tanta miel como queráis…

—¡Miren el que quiere traernos miel!

Abriose otra vez la puerta, y el azorado campesino fue introducido en el cuarto de la señora. El pobre no estaba ciertamente alegre, pues pensaba:

«¡Querrá tomarme el dinero!» y al penetrar en el cuarto de la señora, Dios sabe por qué, levantó los pies mucho, tratando de no hacer ruido con sus *lapti*. En aquellos momentos no comprendía ni veía nada de lo que sucedía en torno suyo. Al pasar por delante de un espejo vio gran cantidad de flores y un campesino que levantaba mucho los pies, y el retrato de un gran señor, y una cajita verde, y una especie de cosa toda blanca… De pronto esa cosa blanca se puso a hablar; era la señora… Dutlov no comprendía nada, nada; no hacía más que abrir grandemente los ojos. No sabía siquiera dónde se hallaba y parecíale que estaba todo cubierto por una espesa neblina.

—¿Eres tú, Dutlov?

—Yo soy, señora. Está todo intacto, no he tocado nada… En verdad que no me hace mucha gracia este negocio. ¡Lo juro por el nombre de Dios! Iba dándole a mi caballo, cuando, de pronto…

—Bueno, ha sido tu suerte,—dijo la señora con una singular sonrisa en que había a un tiempo desprecio y bondad.—Guárdalo, tuyo es…

Entonces Dutlov abrió todavía más sus azorados ojos.

—¡Estoy satisfecha de que lo hayas hallado! ¡Dios haga que ese dinero te traiga grandes dichas!… ¿Estás muy contento?

—¡Cómo no estar contento, señora! Estoy tan contento, que… ¡Siempre rogué a Dios por vuestra salud! ¡Viva muchos años la señora, en la gracia de Dios!

—¿Y cómo hallaste el dinero?

—No hay que decirlo, empero, pues todos en el pueblo deseamos lo mismo, por nuestro honor, y por nuestro…

—Ya no sabe lo que se dice, señora,—exclamó Duniacha.

—Volvía de acompañar a la ciudad un recluta, mi sobrino, señora… Cuando de pronto veo en medio de la carretera… Sin duda que Polikei, por descuido…

—Bueno, anda, anda, amigo… Yo quedo contenta.

—Y yo más todavía, ¡oh! ¡madrecita!…—iba diciendo el pobre campesino, sin saber del todo lo que se hablaba.

De pronto recordó que ni siquiera le había dado las gracias a la señora y que no había dicho nada de lo que debiera en semejante ocasión, pero ya estaba camino de la puerta, a grandes zancadas, como al entrar, y poco le faltó para no echarse a correr, pareciéndole que podían pedirle todavía el dinero, el que ya tenía por *su* dinero, mientras la señora y la doncella mirábanle salir sonriéndose compasivamente.

XIV. Dutlov hace una visita a Polikei

Una vez fuera, Dutlov se apartó un poco del camino y se paró debajo de unos tilos; se quitó el cinturón para coger más fácilmente su bolsa, y apresuradamente metió los billetes dentro. Sus labios tembloteaban, y ora se alargaban, ora se contraían, aunque no articulaba el más pequeño sonido. Después de haber puesto a buen recaudo el dinero y de haberse apretado bien el cinturón, se santiguó, y tomó otra vez el camino, aunque yéndose de un lado a otro lo mismo que un hombre borracho, de tal modo llenaban su cabeza las más extravagantes ideas. De pronto, surgió de en medio de la oscuridad un hombre, el cual parecía dirigirse hacia él, y dio una voz: era Efim, que, con un gran bastón en la mano, guardaba las cercanías del maldito granero.

—¡Eh! ¡tío Semión!—exclamó alegremente Efim, acercándose al viejo, pues tenía miedo de estar solo.—¡Vaya! ¿Con que habéis llevado ya los reclutas a la ciudad?

—Sí… ¿Y tú, qué haces aquí?

—Pues, me han dejado aquí, para guardar el cuerpo de Ilitch, el ahorcado.

—¿Cómo?… ¿Dónde?…

—Allá arriba, en el granero. Dicen que se ha ahorcado,—respondió Efim señalando con el bastón la sombría techumbre de la izba de los criados.

Dutlov llevó la vista a la dirección indicada, y, aunque nada vio en absoluto, frunció las cejas, medio cerró los ojos y meneó tristemente la cabeza.

—Ha llegado el inspector de policía,—dijo Efim.—Me lo ha dicho el cochero. Van a quitarlo ahora, enseguida… ¡Es terrible la noche, tío Semión! Por nada subiría yo allá arriba, de noche, aunque me lo ordenase Egor Mikhailovitch, aunque me matasen…

—¡Qué pecado! ¡Qué gran pecado!—iba diciendo Dutlov, evidentemente nada más que por el buen parecer; pues de seguro no pensaba en lo que decía, y no deseaba más que proseguir su camino. Pero en aquel punto la voz de Egor Mikhailovitch le detuvo.

—¡Eh! ¡guardián, ven!—gritaba el intendente desde la puerta de su casa.

—¡Voy enseguida!—contestó Efim.

—¿Quién es el campesino que está hablando contigo?

—Es Dutlov.

—¡Ven, pues, tú también, Semión, ven enseguida!

Al acercarse vio Dutlov, a la luz de una linterna que llevaba el cochero, a Egor Mikhailovitch acompañado de un funcionario público, hombre de corta talla, con una escarapela en el sombrero y un bastón en la mano; era sin duda el inspector de policía.

—¡Vaya! El viejo vendrá también con nosotros,—dijo Egor Mikhailovitch al verle.

El miedo se apoderó del pobre anciano, pero no había ya modo de retroceder.

—¡Eh! Tú, Efimka, tú que eres joven, corre al granero y arregla la escalera, de modo que su señoría pueda cómodamente subir.

Efimka, que no quería por nada de este mundo acercarse al granero, corrió hacia allá haciendo con sus *lapti* tanto ruido como si hubiese arrastrado con los pies unas grandes vigas.

El policía, con mucha calma, se puso a encender la pipa. Vivía a dos verstas de la población y acababa su jefe de reñirle por borracho, lo cual le

había puesto en situación de demostrar un exceso de celo. Llegado a las diez de la noche, quiso examinar inmediatamente al ahorcado…

El intendente preguntó a Dutlov por qué a tales horas se encontraba allí, y mientras fueron andando, el viejo contó a Egor la historia del dinero hallado y lo que acerca de él había dispuesto la señora. Dutlov añadió que había pensado también pedir al intendente permiso para quedarse con el dinero, y entonces, con gran espanto del pobre viejo, Egor pidió que le entregase el precioso sobre y lo examinó detenidamente; luego lo tomó también el policía en sus manos, y brusca y secamente fue pidiendo detalles de la cosa.

«¡Perdido está mi dinero!» pensó el viejo; pero el policía se lo devolvió enseguida, diciendo:

—¡Buena suerte ha sido la tuya, amigo!

—Le viene perfectamente,—dijo Egor Mikhailovitch.—Le ha caído soldado un sobrino, y ahora podrá comprarle un sustituto.

—¡Ah!…—hizo el policía encarándose con él.

—¿Verdad que librarás ahora a Iluchka?—añadió el intendente.

—¿Cómo hacerlo? No sé ¿si habrá bastante dinero?… Además, puede que sea ya demasiado tarde.

—¡Haz lo que quieras!—dijo el intendente y ambos siguieron en silencio al policía.

En esto llegaron todos cerca del «pabellón». En el vestíbulo estaban los guardas malolientes con una linterna ya preparada, afectando ambos un aire de extraña confusión que no sabemos a qué atribuir… si no es al mal olor que despedían. Todos guardaron silencio un momento.

—¿Dónde?…—dijo el policía.

—Aquí,—murmuró el intendente, y añadió:—Efimka, tú pasarás delante con la linterna.

Efimka había ya afianzado bien la escalera y parecía haber perdido toda clase de miedo. De modo que, casi alegre el rostro, empezó por subir dos o tres escalones de un salto, volviéndose de vez en cuando para hacer luz al policía, a quien seguía el intendente. Cuando hubieron todos subido, Dutlov, que tenía ya un pie en la escalera, suspiró hondamente y se detuvo.

Enseguida comprendió que los de arriba habían llegado ya junto al cadáver, pues detenían todos su andar.

—¡Tío Semión!… ¡sube!—gritó Efim asomándose por el ventanillo del granero, y entonces Dutlov subió. A la luz de la linterna no se veía de Egor y del policía más que la parte alta de sus cuerpos, y detrás de ellos se distinguía a otra persona…. Era Polikei. El anciano penetró en el granero, y, santiguándose, se detuvo cerca de la misma puerta.

—¡Volvedle!—dijo el policía.

Nadie se movió de su sitio.

—Efimka, tú, que eres más joven,—dijo el intendente.

Efim se acercó al cadáver, y lo volvió, quedándose a su lado y mirando con aire alegre ora al pobre Ilitch, ora al policía, como preguntándole si estaba satisfecho o deseaba algo más de sus habilidades.

—¡Vuélvelo otra vez!

Efim obedeció, y Polikei fue vuelto del otro lado; uno de sus brazos se balanceaba ligeramente y los pies se arrastraban por el suelo.

—¡Descuélgalo!

—¿Queréis que cortemos la cuerda?—dijo Egor Mikhailovitch.

—Vamos, dadme un hacha.

Fue preciso repetir por dos veces esta orden a Dutlov para decidirle a traer lo que se pedía, y entonces el joven Efim dio a la cuerda un tremendo hachazo y tomando en sus brazos el cuerpo de Ilitch lo dejó en el suelo… Lo contemplaron todos un momento a la luz de la linterna, y enseguida lo cubrieron con sus propias ropas…

El policía declaró que al día siguiente vendría el médico, y dio permiso a todo el mundo para dejar solo el cadáver.

XV. Polikei devuelve a Dutlov su visita

Trémulos los labios, Dutlov se dirigió directamente a su casa.

Al principio se sentía presa de un gran miedo, pero a medida que fue acercándose a poblado, se disipó ese sentimiento y una violenta alegría fue llenando rápidamente su alma. En el pueblo oíanse voces avinadas cantando alegres canciones. Dutlov no bebía jamás y menos esa noche había de detenerse en la taberna, por lo que se dirigió rectamente hacia su casa, siendo ya muy tarde cuando entró en su izba. Su mujer dormía ya; el hijo mayor y los nietos dormían sobre la estufa, mientras que el segundo dormía con su mujer en un cuartucho. Solamente estaba despierta la mujer de Iluchka, sentada en un banco y ocupada en sollozar lo más lindamente, según opinión de la abuela; iba suciamente vestida y llevaba los cabellos por demás enmarañados. No se movió siquiera cuando llamó el viejo, pero apenas hubo este entrado se puso a gemir y a llorar más fuerte que nunca.

La vieja se levantó y enseguida empezó a preparar la sopa para su marido. Dutlov gritó dirigiéndose a la mujer de Iluchka: «¡Basta! ¡basta ya!». Axinia se levantó y fue a echarse sobre otro banco, sin cesar en su gimoteo. La vieja, en silencio, fue arreglando la mesa, y después el viejo, en silencio también, se comió la sopa, eructó estruendosamente, se lavó las manos y se dirigió al cuarto oscuro donde en voz muy baja explicó algo a su mujer; enseguida salió esta, y el viejo, levantando una trapa, descendió a la bodega, donde permaneció largo tiempo. Cuando subió otra vez, la izba estaba completamente a oscuras, y la vieja ya tendida en el suelo, en actitud de dormir,

si no durmiendo. La mujer de Iluchka dormía también, tendida sobre el banco, sin nada debajo de la cabeza, y respirando regularmente.

Dutlov hizo una corta plegaria, se miró un momento a la mujer de Iluchka, acabó de apagar el fuego, subiose sobre la estufa, y se tendió al lado de su hijo. En la oscuridad, se hizo saltar de los pies los pesados *lapti* y tendido de espaldas se quedó contemplando las vigas de encima de la estufa y escuchando el rumoreo de los cuerpos que yacían en torno suyo y los ruidos que producían los animales de toda clase que tenía en su corral. Tardó mucho tiempo en dormirse…

La luna iba subiendo con lentitud, y su reflejo creciente iba haciendo más claro el interior de la izba. El viejo veía perfectamente a Axinia sobre el banco y a su lado *algo* que no podía distinguir bien: no sabía si era el caftán de su hijo que se hubiese dejado allí olvidado, o si algún otro objeto o prenda por el estilo… ¿Era quizás que alguien se había levantado?… Dormido o no, Dutlov continuaba en sus investigaciones… Evidentemente, el espíritu del mal que había conducido al pobre Ilitch a la tenebrosa tragedia que acabó con su vida, debía cernerse todavía sobre el pueblo todo, cubriendo con una de sus negras alas la izba de Dutlov, en donde había ido a parar ese dinero del cual se había *él* servido para perder a Ilitch. Al menos, el mismo Dutlov lo sentía así, y no las tenía todas consigo… Despierto o dormido, sentía en el ambiente algo que no podía definir, y recordaba de pronto a Iluchka con las manos atadas a la espalda, y veía luego a Axinia llorando y gimiendo, y después se le aparecía la imagen de Polikei con los brazos colgando a lo largo del cuerpo… De pronto, el viejo creyó ver a alguien pasar por delante de la ventana, y pensó: «¿Quién puede ser? ¡Quizás el *starosta*! Pero, ¿cómo ha abierto? ¡Tal vez la vieja se ha olvidado de cerrar!» se dijo al oír pasos en el vestíbulo.—«El perro aullaba y *él* iba caminando lentamente, contaba al otro día el buen viejo, como si buscase la puerta… Y fue avanzando, apoyándose en la pared hasta que chocó con un banco, metiendo gran ruido; de nuevo se puso a palpar, hasta que topó con el pestillo. Lo levantó y entró aquí mismo, aquí, bajo la forma de un hombre…».

Dutlov sabía que era *él*, el espíritu malo, y hubiera querido santiguarse, pero no pudo… *Él* se acercó a la mesa, tiró al suelo cuanto había en ella y de un salto se plantó junto a la estufa… El viejo reconoció entonces el rostro de Ilitch, quien agitando violentamente los brazos saltó sobre la estufa y se echó sobre el viejo para ahogarle.

—¡Mi dinero!—decía Polikei.

«Déjame, no lo haré otra vez» quería decir el anciano, pero no podía articular una sola sílaba.

Ilitch le ahogaba con todo el peso de una gran montaña de piedras que hubiese puesto sobre su pecho. Dutlov sabía que si decía una plegaria, el ahorcado le dejaría, y hasta sabía cuál era esa plegaria, pero no la podía pronunciar… Uno de sus nietecillos que dormía sobre la estufa lanzó un grito horrible y se puso a llorar, pues el abuelo le aplastaba contra la pared. El grito del niño despegó los labios del anciano, y exclamó en voz alta: «¡Que Cristo resucite!» *Él* apretó ya con menos fuerza… «¡Y que todos sus enemigos sean dispersados!» Entonces *él* bajó de la estufa; Dutlov oyó el golpe de sus pies sobre el suelo, y enseguida recitó una después de otra todas las plegarias que sabía… *Él* se fue hacia la puerta, la empujó y la dejó luego caer con tanta fuerza que la izba entera tembló. No obstante, todos seguían durmiendo, menos el abuelo y el más pequeño de sus nietos; el viejo seguía diciendo plegarias y temblaba de pies a cabeza, mientras el pequeñuelo apretándose contra el anciano quería dormirse otra vez, y de nuevo todo quedó sumido en la mayor calma. El viejo Dutlov no volvió ya a dormirse, aunque permaneció lo más quieto que pudo. El gallo cantó junto a la misma pared en que tenía el anciano apoyada la cabeza, y oyó en el corral el revuelo de las gallinas; uno de los gallos más jóvenes quiso cantar también, lo probó varias veces y no pudo. El anciano Dutlov sintió que algo se movía entre sus pies… Era el gato, que había dormido allí, y al notar que se acercaba el día saltó de la estufa, oyéndose el ruido de sus patas al dar contra el suelo, y se fue a mayar junto a la puerta. El viejo se levantó y abrió la ventana; la calle estaba aún oscura… Descalzo, y después de haberse santiguado dos o tres veces, salió al patio de los caballos, levantó al jumento que al echarse se había enredado las patas traseras con las riendas, acarició al caballo, que parecía contemplarle atentamente y les llenó el pesebre; después volvió a entrar en su izba.

La vieja se había levantado también y encendía el fuego.

—Despierta a los muchachos; he de ir a la ciudad,—dijo el viejo; luego encendió el cirio del icono, y los dos ancianos bajaron a la bodega.

XVI. ¡Todos vivimos en el pecado!

No solamente en casa de los Dutlov, sino en todas las casas del pueblo humeaban ya las chimeneas cuando salió el viejo a la calle. Sus hijos se habían levantado, y las mujeres iban y venían llevando grandes jarros de leche; Ignati estaba enganchando el caballo en la carreta, mientras el otro engrasaba las ruedas. La mujer de Iluchka ya no lloraba ni gemía, y se había arreglado un poco, aguardando sentada en un banco la hora de ir a la ciudad para despedirse de su marido. El viejo aparentaba aires de inmensa preocupación. Se puso el caftán nuevo, el cinturón, y con todo el dinero de Ilitch en el bolsillo se fue a casa de Egor Mikhailovitch.

—¡Deprisa! ¡deprisa!…—gritó a Ignati, que estaba ajustando las ruedas en el eje de la carreta ya engrasado.—Vuelvo enseguida, y quiero que esté todo a punto.

El intendente acababa de levantarse y estaba bebiéndose una gran taza de té, preparándose para ir también a la ciudad a hacer por sí mismo el registro e ingreso de los reclutas.

—¿Qué quieres?—preguntó al viejo al verle entrar.

—Egor Mikhailovitch, quiero comprar un sustituto para Iluchka. Hacedme el favor… Últimamente me dijisteis que conocéis en la ciudad un sustituto muy bueno. Aconsejadme… Yo, pobre de mí, no sé nada.

—¡Cómo! ¿Has reflexionado ya?

—He reflexionado, Egor Mikhailovitch. Es digno de lástima… Al fin es el hijo de mi hermano. Como quiera que sea, siempre es cosa muy triste…

¡Este dinero ha sido ya causa de tantos pecados! ¡Hacedme el favor, dadme un consejo!—acabó el viejo, mientras hacía un gran saludo.

Como siempre en casos semejantes, Egor permaneció un momento silencioso, mordiose los labios, y después de haberlo reflexionado bien, escribió dos cartas y explicó al viejo lo que había que hacer.

Dutlov volvió a su casa. La mujer de Iluchka había ya marchado con Ignati, y junto a la puerta cochera estaba la otra carreta enganchada también y dispuesta a partir. El viejo arrancó del cercado una pequeña vara, se envolvió lo mejor que pudo en su caftán, se acomodó en la carreta y fustigó fuerte al animal, que emprendió una veloz carrera, fatigándose extraordinariamente, lo que causaba gran lástima al viejo, pero apartaba la vista para no conmoverse demasiado, pues tenía prisa por llegar a la ciudad, mucha prisa, temiendo que Iluchka hubiese ya ingresado y que el dinero del diablo se le quedase entre las manos. No describiré en todos sus detalles las aventuras de Dutlov, diciendo tan solo que tuvo finalmente una magnífica suerte. En casa del propietario, para quien le había hecho una carta el intendente, había un sustituto excelente, pues había sido ya aceptado por la administración. Debía a su amo veintitrés rublos, y su amo pedía por él hasta cuatrocientos rublos; un señor que había entrado en tratos con él no quería dar más que trescientos. Dutlov concluyó el trato en pocas palabras: «¿Tomarás trescientos veinticinco rublos?» dijo extendiendo la mano, con expresión que daba a entender que estaba dispuesto a añadir algo todavía, si era preciso.

El amo del mozo empero no alargaba su mano en señal de que aceptase el trato y seguía pidiendo los cuatrocientos rublos.

—Con veinticinco más encima, ¿aceptas?—decía Dutlov, cogiendo con su izquierda la mano derecha del otro y haciendo ademán de pegar encima. —¿Aceptas?

—¡No!

—¡Pues, bien; Dios sea contigo!—exclamó el viejo levantándose casi de puntillas y golpeando con fuerza la mano de su contrincante.—¡Sea! Toma cincuenta rublos encima… Prepara el recibo, tráenos el mozo y aquí tienes el anticipo… Dos billetes rojos. ¿Es bastante?

Y Dutlov desabrochó su cinturón y sacó el dinero.

El propietario, aunque no retiraba la mano, no parecía del todo dispuesto a consentir, y, sin tomar todavía los billetes, regateaban la propina que tendría que darse al sustituto.

—No peques todavía más;—dijo Dutlov, haciéndole tomar a la fuerza el dinero.—¡Todos hemos de morir!—exclamó al fin en tono tan dulce y con tan plena convicción que el hombre acabó por decir:

—¡Sea como tú quieres!—dio un buen golpe en la mano del viejo y empezó una plegaria: «Que Dios esté siempre con nosotros…».

Se despertó al mozo sustituto, que dormía aún la borrachera de la noche anterior, y que ignoraba aún por qué había sido examinado, y juntos todos fueron a la oficina. El mozo estaba muy alegre y pedía a cada paso ron para rehacerse un poco; Dutlov le dio algún dinero. No empezó a sentir el infeliz algún recelo hasta verse dentro de la cancillería, en donde permanecieron largo tiempo, buscando al escribano que había de arreglar la cosa. Así fueron rodando de mesa en mesa, saludando a toda clase de escribientes, altos y bajos, y perdiendo por fin la esperanza de dejar resuelto aquel mismo día el asunto. Mientras tanto, el mozo sustituto se iba poniendo cada vez más alegre y más exigente. Por fin, el viejo Dutlov vio a Egor Mikhailovitch y se agarró a él como a una tabla salvadora. En efecto, este supo arreglarse tan bien que dos horas después todo quedaba listo, y el desgraciado mozo, con extrañeza tan grande como su dolor, se vio ingresado como soldado y poco después, ante la rechifla general, fue desnudado, revisado, rapado el pelo y vuelto a vestir, después de cuyas complicadas operaciones se le dejó salir libremente…

Cinco minutos después, Dutlov entregaba todo el dinero convenido y recibía el correspondiente recibo; enseguida se despidió del mozo sustituto y de su amo y se dirigió a casa del comerciante, donde estaban aún los reclutas de Pokrovskoie. Iluchka y su mujer se hallaban sentados en un rincón de la cocina, y apenas vieron entrar al viejo le dirigieron sus miradas llenas de una expresión a la par sumisa y de malevolencia. Como siempre hacía, el anciano se quitó al entrar el cinturón e hizo una corta plegaria; enseguida sacó el precioso documento y llamó a su hijo Ignati y a la madre de Iluchka, que se hallaban en el patio.

—No peques nunca más, Iluchka,—dijo acercándose a su sobrino.—¡Ayer noche me dijiste tales palabras!… ¿Es acaso que no tengo lástima de

ti? Recuerdo muy bien que mi hermano me recomendó que te tuviese por hijo, y si yo hubiese tenido antes poder para ello, ¿crees que hubiera permitido que te marchases soldado?… Pero, Dios me ha enviado una gran suerte, y ya no he vacilado un momento. Aquí está el papel,—dijo poniendo el recibo sobre la mesa y manteniéndolo extendido con sus dedos.

Toda la gente de Pokrovskoie, los obreros y empleados del comerciante y aun algunas personas extrañas penetraron en la cocina, atraídos por el discurso del viejo, adivinando de qué realmente se trataba, pero guardando todos el más absoluto silencio.

—¡Aquí está el papel!… Por él he dado cuatrocientos rublos. No tienes nada que reprochar a tu tío.

Iluchka se había puesto en pie, pero no sabía qué decir, temblorosos los labios por la emoción. La madre de Ilia, llorando, quiso echarse al cuello del viejo, pero este con ademán lento e imperioso la apartó con la mano y siguió diciendo:

—Me dijiste ayer una palabra, y esta palabra es como un puñal que me hubieses clavado en mitad del corazón. Al morir, tu padre me ordenó que te tuviese por hijo, y si acaso yo te he ofendido, la verdad es que vivimos todos en medio del pecado… ¿No es así, hermanos míos?… He aquí a tu madre y a tu joven esposa, y aquí está también el papel que te hace libre… ¡Vaya al diablo el dinero!… ¡Perdonadme todos en nombre de Cristo!

Y levantando las puntas de su caftán, el viejo se dejó caer de rodillas a los pies de Iluchka y de su mujer, a pesar de que estos intentaron impedirlo. No se levantó el viejo Dutlov hasta haber tocado el suelo con su propia frente… Luego se arregló el vestido un poco y se sentó en un banco.

La madre y la mujer de Iluchka lloraban de alegría, y un fuerte murmullo de aprobación surgió del grupo de los presentes.

—Así es como Dios lo manda,—decía uno.

—¿Qué es al fin el dinero?—decía otro.—Por dinero no se compra un hijo.

—¡Qué alegría!—exclamaba un tercero.—¡He aquí lo que se llama un hombre justo!

Únicamente los que eran ya soldados abstenían se de tomar parte en la alegría general, y silenciosamente salieron otra vez al patio.

XVII. La despedida del recluta

Un par de horas después, las dos carretas de los Dutlov abandonaban ya los barrios exteriores de la ciudad. En la primera iban el viejo y su hijo Ignati y entre sus pies se veían innumerables paquetes y envoltorios. En la otra iba la mujer de Iluchka, alegre y tranquila, acompañada por su marido y la madre de este. Iluchka iba sentado de espaldas al caballo y comiendo un gran trozo de pan no cesaba de hablar, mientras su mujer tenía con sumo cuidado sobre las rodillas una botella de aguardiente.

Las voces de unos y otros, el rodar de las carretas y el relinchar de los animales se confundían en un solo rumor que alegraba el corazón. Los caballos agitaban la cola y aceleraban cuanto podían el trote, pues habían ya entendido que volvían a casa. Los que pasaban por su lado, fuesen a caballo o a pie, se fijaban en tan afortunada familia y se sonreían al verles ir tan alegres. Al salir de la ciudad, los Dutlov acertaron a pasar por delante del grupo de los reclutas, que estaban reunidos formando círculo ante la puerta de una taberna.

Uno de los reclutas, con esa expresión singular, antinatural que da al rostro de un hombre la cabeza enteramente rapada, se hundió hasta la nuca el gorro de un color gris y se puso a tocar hábilmente la *balalaika*; otro, sin gorro y con una botella de aguardiente en la mano, se puso a danzar en medio del círculo. Ignati paró el caballo y se bajó para atar más fuerte una de las correas; toda la familia de los Dutlov se quedó contemplando alegremente aquel espectáculo y aplaudiendo al danzarín con entusiasmo; este parecía no ver a nadie, pero comprendía que el público engrosaba y que le admiraba cada vez más, lo que aumentaba todavía su fuerza y su habilidad; lo

cierto es que el pobre diablo danzaba muy bien. Tenía fuertemente fruncidas las cejas, encendido el rostro e inmóvil y los labios contraídos en una sonrisa que, lo mismo que si se le hubiese helado en la boca, había perdido ya toda clase de expresión. Parecía tener concentradas todas las fuerzas de su ser en ir colocando lo más rápidamente posible un pie después del otro, unas veces tocando el suelo con el tacón y otras veces con la punta. Alguna vez deteníase súbitamente y guiñando los ojos se dirigía al tocador de *balalaika*; este empezaba entonces a hacer vibrar con mayor rapidez aún las cuerdas del instrumento y hasta golpeaba con los dedos la caja del mismo… En uno de sus cortos descansos, el recluta danzarín empezó a moverse lentamente, sacudiendo despacio los hombros y los brazos y manteniéndose únicamente sobre la punta de los pies. Los chicuelos que andaban por allí reíanse, las mujeres movían admiradas la cabeza y los hombres alababan el difícil *paso*.

Un suboficial ya viejo, que se estaba cerca del danzarín, le contemplaba inmóvil e indiferente, como queriendo decir: «Puede sorprenderos a vosotros; pero yo hace ya mucho tiempo que he visto eso, y aun cosa mejor». El tocador estaba visiblemente fatigado, más todavía que el que bailaba, por lo que de pronto, mientras dirigía en torno distraídamente la mirada, dio un gran golpe en la caja del instrumento y cesó la danza.

—¡Eh! ¡Aliocha!—dijo el tocador de *balalaika* al danzarín, señalándole al viejo Dutlov.—¿No es aquel tu padrino?

—¡Oh! sí… ¡Hola, querido!—gritó Aliocha, el danzarín, que era el sustituto comprado por Dutlov, y que cansado de tanto bailar se había tirado al suelo, bebiéndose al menos la mitad de la botella que tenía en la mano. Luego se levantó y tambaleándose avanzó hacia la carreta, gritando al tabernero:—¡Eh! trae un vaso… ¡Vaya! querido, ¡esa sí que es una alegría grande! ¡Verte aún otra vez!…—y empezó a ofrecer su aguardiente a los hombres y a las mujeres. Los campesinos bebieron, pero ellas rehusaron muy agradecidas.

—¡Amigos míos!… ¡Voy a haceros un gran regalo!—exclamó de pronto Aliocha, besando a cuantas mujeres viejas halló bajo su mano, y cogiendo todos los pasteles que una vendedora ambulante llevaba los echó dentro de la carreta.

—¡No tengas miedo, todo se pagará, demonio!—gritó con voz que parecía que iba a llorar, y sacándose del pecho la bolsa la tiró a los pies de la vendedora. Y se quedó de pie, agarrado a la baranda de la carreta, mirando con sus húmedos ojos a los que estaban sentados dentro.

—¿Cuál es la madre?—preguntó de pronto.—¿Eres tú, verdad? Pues, toma…—Se quedó un momento parado, como reflexionando, después metió la mano en su bolsillo y sacó de él un pañuelo nuevo, cuidadosamente plegado, se quitó la servilleta que llevaba a guisa de cinturón debajo de la blusa, se quitó también del cuello un pañolón rojo que llevaba, ni nuevo ni limpio, y lo arrojó todo sobre las rodillas de la vieja, exclamando con voz que a cada sílaba parecía que iba bajando de tono:

—Toma, yo te lo doy, todo es tuyo…

—Pero, ¿por qué?… Gracias, querido. He aquí un buen muchacho sin pizca de rencor,—dijo la madre de Ilia al viejo Dutlov, que se había acercado a ellos.

Después de esto, Aliocha se quedó callado, y, como si se hubiese dormido, su cabeza fue inclinándose lentamente hacia el suelo.

—¡Por vos yo parto, por vos yo voy a la muerte!—exclamó de pronto.—Y por eso también os hago estos regalos.

—¡Creo que el pobre tiene madre aún!—dijo alguno de los circunstantes.—¡Es un buen muchacho, infeliz!

Aliocha levantó la cabeza.

—Tengo madre, sí… y también tengo padre; pero todos me han abandonado… Escucha, tú…—añadió tomando la mano de la vieja.—Te acabo de hacer un presente… Escúchame, pues, en nombre de Cristo: irás al pueblo de Vodnoie, y allí pedirás por la vieja Nikonova… es mi madre, ¿entiendes? Dirás, pues, a esa vieja Nikonova, en la tercera izba, al final de todo, cerca del pozo nuevo, le dirás que Aliocha, esto es, su propio hijo… ¡Eh! tú, el de la *balalaika*, ¡toca música bien alegre!—gritó de pronto soltando la mano de la madre de Iluchka y apartándose de la carreta; luego, al hallarse enfrente del músico, tiró al suelo la botella del aguardiente y, murmurando no sé qué palabras, se puso a bailar con más furia que nunca.

Ignati subió a la carreta y se dispuso a reemprender el camino.

—¡Adiós!… ¡Que el Señor te ayude!—exclamó la vieja envolviéndose en su peludo.

Aliocha paró en seco de bailar y se quedó un momento contemplando a los que se iban.

—¡Que el diablo os lleve a todos… y a tu madre también, recluta maldito!—gritó el pobre amenazándoles con los puños cerrados.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó la madre de Iluchka santiguándose.

Ignati fustigó al caballo y las carretas se alejaron rápidamente.

Aliocha se quedó plantado en medio del camino, y cerrando los puños y con una expresión de inmensa rabia en el rostro, siguió injuriando a plena voz a los campesinos que se iban alejando deprisa.

—¿Por qué os detenéis? ¡Idos al diablo todos, bestias salvajes!… ¡Oh! ¡No escaparéis de mis manos!—clamó al fin, y, apenas había pronunciado estas palabras, sus pies tropezaron el uno con el otro y cayó pesadamente al suelo…

Pronto los Dutlov se hallaron en plena campiña y apenas distinguieron ya el grupo formado por los reclutas delante de la taberna.

Cuando hubieron hecho ya más de cinco *verstas*, Ignati descendió de la carreta en que su padre se había ya dormido y se fue a sentar, en la otra carreta, al lado de Iluchka, bebiéndose juntos la botella de aguardiente que habían traído de la ciudad.

De allí a poco rato Ilia empezó una canción, y las mujeres le acompañaron alegremente; Ignati iba marcando el compás…

Un coche de postas venía a todo correr en dirección contraria a la por ellos seguida, dando el postillón grandes gritos para no chocar con las dos carretas que iban llenas de gente tan alegre… Al cruzarse con ellos, el postillón contempló un momento, guiñando los ojos, aquel grupo de rostros enrojecidos por el beber y reír y que iban camino de su casa cantando alegremente al vaivén con que los hondos baches de la carretera balanceaban el pequeño carruaje…

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo III, *Ocho relatos* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

Al ejemplar digitalizado le faltan dos páginas del capítulo XIII («La desgracia de Polikei y la suerte de Dutlov»). El pasaje correspondiente, desde «Duniacha tomó el sobre y volvió al cuarto de la señora» hasta «…tanta miel como queráis…», se ha traducido para esta edición directamente del original ruso, procurando imitar el estilo del traductor de 1905.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web